

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

FUNDADOR

Año XVII.—Núm. 14

ADMINISTRACIÓN: CLAUDIO COELLO, 22

D. Arturo Zancada y Conchillos.

20 de Mayo de 1896.



Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, presidente del Congreso.

SUMARIO

GRABADOS: Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, presidente del Congreso.—D. Antonio Vesa, coronel del regimiento de Caballería Voluntarios de Jaruco.—Grupo de la fuerza de la Guardia civil que hizo la defensa de Hoyo Colorado.—D. Pascual Herrera, comandante del escuadrón de Treviño, núm. 26.—Grupo de oficiales del escuadrón de Treviño, después de la acción de Mamey.—Grupo de sargentos del escuadrón de Treviño, después de la acción de Mamey.—La cabeza del Bautista.—Grupo de oficiales del batallón de San Quintín.—Vista del fuerte Weyler en Hoyo Colorado.—Artemisa: Iglesia, plaza y calle Real.

TEXTO: Crónica general, por *Fernán Carnicero*.—Excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, presidente del Congreso, por don A. Z.—Los grabados.—La paella, por D. Juan Redondo y Menduina.—Crónica de la guerra, por *Juan de España*.—El baile de los alfileres, por D. José Zahonero.—Desenlace de un drama, por don Adrián Carreras.—Teoría del derecho, por D. Ubaldo Romero Quiñones.—El desdeñado, por D. Daniel Collado.—La cerámica artística en Sevilla, por D. J. Cascales y Muñoz (Mathéfilo).—Variedades.—Notas bibliográficas.—Anuncios.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Se considera como suscriptores á todos los que no devuelvan á esta Administración los números que se les remitan.

CRÓNICA GENERAL

Hase ocupado la Prensa diaria, en estos últimos días, de la nueva proposición *Morgan* en el Senado de Washington, insistiendo en reclamar el reconocimiento de la beligerancia para los insurrectos cubanos; proposición inútil que habrá hecho sonreír irónicamente al cachazudo presidente Cleveland y á los batalladores senadores yankees.

Porque ¿qué más podrían hacer los Estados Unidos con la beligerancia en favor de sus amigos y protegidos de la manigua y en contra de España, que lo que sin ella hacen?

La situación actual de los Estados Unidos, con respecto á España, antes parece situación de guerra que de paz. En sus puertos se arman, no sólo con el aplauso, sino con la protección de las autoridades de la república, las continuas expediciones filibusteras, sin las cuales la guerra de Cuba estaría terminada; allí se levantan empréstitos y se cotizan públicamente las emisiones hechas por la Junta ó Comité separatista; allí se reconoce de hecho al gobierno de la llamada república cubana, á ese gobierno trashumante, sin residencia fija, porque no se la dejan tener nuestros soldados; y allí, finalmente, cuando llegan casos como el del apresamiento de la goleta *Competitor*, un Gobierno, que se titula nuestro amigo, extrema la defensa de los piratas que la tripulaban, hasta un punto apenas concebible, interpretando tratados y convenios que fueron pactados para épocas normales.

Aprueben, pues, si quieren, los senadores yankees la proposición de su compañero Morgan, y al menos darán forma legal á lo que hoy no es otra cosa que descarada violación del derecho internacional.

La Prensa, con rara unanimidad, sostiene la conveniencia de la inmediata denuncia de los tratados existentes con los Estados Unidos. Es lo menos que España puede hacer. No es de ningún modo admisible un tratado en que no hay reciprocidad, tratado en que no existe igualdad para ambas partes contratantes, y basado, principalmente, en

lo que, valiéndome de vulgarísima frase, pudiera llamarse la *ley del embudo*.

Verdad es que los Estados Unidos, tomando la parte ancha, interpretan los tratados según á sus intereses conviene; pero, aun siendo así, forzoso es confesar que ni el tratado de 1795, ni el protocolo de 1877, hacen mucho honor á los Gobiernos que los suscribieron. Confesemos, sin embargo, que cualesquiera otros Gobiernos españoles hubiesen hecho lo mismo. Achaque es antiguo de España la falta de previsión. En ella se encuentra el origen de todos nuestros males, porque aquí no nos acordamos de Santa Bárbara hasta que truena.

Ahora truena de firme. ¿Sabremos conjurar la tormenta?

Es éste, por fortuna, un país de grandes energías, al que ni la desgracia desanima ni los reveses abaten.

Una prolongada sequía ha causado perjuicios enormes: cosechas perdidas, pueblos arruinados, la miseria amenazando comarcas enteras; y ha bastado, sin embargo, la benéfica lluvia de estos últimos días para que la animación renazca y, casi olvidando lo pasado, sin que por esto los daños ya sufridos puedan remediarse, volver á la vida normal, esperando compensar las pérdidas con nuevos esfuerzos y trabajos.

No hay para qué decir que el triunfo de Noherlesoom, el célebre astrónomo palentino, prediciendo la lluvia con exactitud matemática, ha sido completo.

Un acto de justicia se ha realizado con la elección del maestro Bretón para cubrir la vacante del Sr. Barbieri en la Academia de Bellas Artes.

El nuevo académico, paladín entusiasta de la ópera española, predicando con el ejemplo como autor de *Guzmán el Bueno*, *Los Amantes de Teruel*, *Garín* y *La Dolores*, sostiene la tesis de que para plantearla, dándole vida permanente como espectáculo nacional, es preciso buena voluntad y patriotismo en los que directa ó indirectamente pueden influir en el asunto, público, Casa Real, Gobierno, Prensa y artistas. Peritísimo en la materia, da la mayor importancia á la lengua, al idioma en que se halle escrito el libreto, como que en rigor no puede calificarse de ópera nacional á la que se cante en un idioma extraño.

Conforme con las opiniones del insigne maestro, tengo para mí, sin embargo, que el problema sería de facilísima solución si esa buena voluntad y ese patriotismo que pide, existiesen en el Gobierno.

El público que no se cansa de aplaudir á *La Dolores*, medianamente cantada por artistas de segundo ó tercer orden y deja quebrar á la empresa del teatro Real, no dude el Sr. Bretón que acudiría á oír la ópera española. Cantantes españoles existen hoy en no escaso número; y en cuanto á maestros compositores, donde están, á más del nuevo académico, Chapí, Goula, Caballero, Serrano, Llanos, Chueca y otros que no recuerdo, no había de morir la ópera española por falta de primera materia.

Lo que aquí hay es que nuestros Gobiernos, en general, y con ellos nuestra aristocracia, en cuyas mesas, dicho sea de paso, jamás se lee una "lista de la comida,"—¿habrá que decir *menú* para que se me entienda?—redactada en español, han demostrado y demuestran en este asunto muy escaso patriotismo.

Aducen como pretexto, los que para la ópera española ponen dificultades, que no tenemos compositores ni libretistas.

¿Y cómo los hemos de tener? ¿Qué compañías iban á poner en escena sus óperas, cuando no existe más que un teatro lírico que ofrezca suficientes garantías á los autores, y en él sólo se canta en el año, según contrato, por virtud de ese escaso patriotismo, una de autor español?

Apenas se concibe, en efecto, que el país donde á principios de siglo sólo se cantaban óperas españolas, posponga hoy el idioma patrio á uno extraño, limitándose á proteger la ópera nacional como á manera de limosna; que no otro nombre merecen las migajas que, para ser recogidas por maestros españoles, se dejan caer anualmente de la mesa del festín italiano que en el teatro Real se celebra.

¿Que sólo Bretón, en aras de su entusiasmo; Serrano, como profesor del Conservatorio, y algún otro han escrito óperas? ¿Es que acaso los maestros compositores no necesitan comer para vivir? Porque lo necesitan como cualquier simple mortal, se han visto precisados á escribir zarzuelas; pues no hay teatros donde se canten óperas españolas, ni compañías formadas para cantarlas.

Pero ¿se quiere formalmente que en lo sucesivo se canten? Pues nada más sencillo.

Recordaré á este propósito lo que hace cuatro ó cinco años escribí en estas mismas columnas, en una de mis revistas musicales: un simple real decreto, concebido poco más ó menos en los siguientes términos, resolvería la cuestión:

"Desde 1.º de Octubre del actual año se pondrán en escena en el teatro Real de Madrid óperas de autor español ó extranjero, pero precisamente con letra española..."

No más choques. De los de ferrocarriles hablo.

Existe un medio infalible de evitarlos, que hasta ahora no ha sido ensayado en parte alguna.

Consiste en dotar á los trenes de una vía colocada sobre las techumbres de los vagones y unida á la ordinaria por planos inclinados, dispuestos uno delante de la locomotora y otro detrás del furgón de cola.

En tal disposición, cuando dos trenes se encontrasen en una vía marchando en sentidos opuestos, uno de ellos cargado con la vía adicional y el otro sin ella, este último, ¡zas!, subiría por el plano inclinado de aquél como por el de una montaña rusa, recorrería los carriles superiores, y, descendiendo por la cola del tren inferior, recuperaría la vía ordinaria pasando un tren sobre otro *como si no pasara nada*, lo mismo, exactamente lo mismo, que los perros amaestrados saltan uno por encima de otro en los circos ecuestres.

¿Qué ventaja para las empresas el día en que esta reforma se aplicase!

La doble vía que en la mayor parte de los ferrocarriles extranjeros existe, pues en España no la conocemos, sería completamente innecesaria; se suprimirían los avisos de llegadas y salidas de los trenes pidiendo *via libre*, y, sobre todo, ¡qué novedad para los viajeros aficionados á emociones fuertes! El tren ascendente—de algún modo hay que llamarle—saltando con rapidez extraordinaria por encima del opuesto, para precipitarse después á la vía ordinaria, siguiendo su veloz carrera, mientras los viajeros de éste sentirían sobre sus cabezas fragor semejante al del trueno, creyéndose aplastados por la inmensa mole del primero.



ISLA DE CUBA.—Don Antonio Vesa, coronel del regimiento de Caballería Voluntarios de Jaruco.

Mas, por desgracia, no hay reforma sin inconveniente, y ésta tiene uno gravísimo.

Que habría que agrandar los túneles, para que, cuando en ellos ocurriera un encuentro, un tren pudiera pasar fácilmente sobre el otro.

FERMÍN CARNICERO.

EXCMO. SR. D. ALFJANDRO PIDAL Y MON

PRESIDENTE DEL CONGRESO

La historia de los hombres que, como el señor Pidal, tanto se apartan del montón anónimo de nuestros políticos, no puede ser una simple y monótona enumeración de hechos y fechas.

Precisa, por lo tanto, aunque sólo sea para trazar una breve semblanza, apartarse del método á que, por regla general, se ajustan estos trabajos, persiguiendo el interés y la novedad dentro de los límites posibles.

En la historia política del actual presidente del Congreso sobresalen dos hermosas é inapreciables páginas: las dedicadas á enaltecer como se merecen su honradez acrisolada y su inagotable laboriosidad.

En todos cuantos puestos ha ocupado, lo mismo cuando desempeñó la cartera de Fomento que la de Gracia y Justicia, el Sr. Pidal ha puesto de manifiesto esas dos bellísimas cualidades, que, unidas á su gran talento y rectitud de miras, le han granjeado la admiración y el aprecio de todos los hombres de buena voluntad.

El Sr. Pidal es uno de los más firmes sostenes del partido conservador; y su opinión, de una autoridad incontrastable.

Sus condiciones de orador fogoso, veheméntísimo y de una elocuencia verdaderamente arrebatadora, le han hecho siempre muy respetado en las lides parlamentarias.

Su lógica inflexible, la energía con que siempre ha sabido defender las causas justas, su profundidad de pensamiento y la facilidad con que plantea y resuelve los más difíciles problemas, hacen del Sr. Pidal un orador brillantísimo, gloria de nuestro Parlamento.

Al designarle para desempeñar el delicado puesto que hoy ocupa, no puede menos de aplaudirse tan acertada elección, pues con su prudencia y exquisito tacto sabrá conjurar y sobreponerse á todas cuantas apasionadas discusiones den lugar los arduos y transcendentales problemas que las actuales Cortes están llamadas á resolver.

Y si el partido conservador puede tener el legítimo orgullo de contarle entre sus hombres de más valía, las nuevas Cortes deben felicitarse de ser dirigidas por tan recto, imparcial y digno presidente.

A. Z.

LOS GRABADOS

Isia de Cuba: Coronel de voluntarios Sr. Vesa.—En nuestro número anterior dimos á nuestros favorecedores una vista del grupo de voluntarios que, á las órdenes de este bizarro jefe, tan notablemente se distinguió en la defensa de Jaruco.

Hoy les ofrecemos el retrato del valeroso coronel, con cuya publicación LA ILUSTRACIÓN NACIONAL rinde un modesto tributo de admiración al que tan valerosamente supo combatir por la sagrada integridad de la patria.

El Sr. Vesa se ha distinguido mucho en la actual campaña, y es seguro que no ha de ser éste el último elogio que á tan digno jefe nos veremos obligados á tributar.

Isia de Cuba: Guardia civil de Hoyo Colorado.—No pasa día sin que el benemérito instituto dé en la isla de Cuba una nueva prueba de su entusiasmo y bizarría en el combate.

Imposibles de enumerar son los hechos realizados por la Guardia civil en la actual campaña, y uno de los más notables fué la defensa de Hoyo Colorado, en la que un reducido número de valientes guardias, no sólo escarmentaron rudamente al enemigo, sino que llevaron á cabo uno de los más brillantes hechos de armas que en la guerra actual se han registrado.

Isia de Cuba: D. Pascual Herrera, comandante del escuadrón de Treviño.—La acción del Mamey, una de las más reñidas de la actual campaña, y brillantemente sostenida por la columna del general Bernal, dió ocasión al bravo comandante Sr. Herrera para poner de manifiesto su bizarría.

Cuando la cuarta compañía de la Habana se replegaba por haber agotado sus municiones, luchando contra 5.000 insurrectos al mando de Quintín Banderas, el escuadrón de Treviño dió una brillante carga, haciendo 14 muertos de arma blanca al enemigo.

Rehecho el escuadrón, volvió á cargar con bizarría sin segundo, llevando á la cabeza al comandante Sr. Herrera, el cual se vió atacado por un cabecilla, con el que entabló reñida lucha cuerpo á cuerpo.

Era el insurrecto valiente y muy hábil en el manejo del machete; pero el bizarro comandante de Treviño logró desarmarle, haciéndole

pedazos el arma y dando muerte á varios insurrectos que acudieron á socorrer al cabecilla desarmado.

En el mismo instante un grupo de rebeldes hizo una descarga al Sr. Herrera, que resultó herido de un balazo en la región lumbar.

Mas, á pesar de su herida, continuó al frente del escuadrón, que siguió atacando rudamente al enemigo y no se retiró hasta que éste emprendió la huida.

Anteriormente el comandante Sr. Herrera se había distinguido en otros combates, batiéndose siempre con gran valor.

Isia de Cuba: Grupo de oficiales del escuadrón de Treviño, después de la acción de Mamey.—La entusiasta y brillante oficialidad de Treviño dió en la gloriosa acción de Mamey una prueba más de su ardor y bizarría.

Alentando á sus soldados y luchando cuerpo á cuerpo con el enemigo, los oficiales del histórico escuadrón conquistaron en ese combate gloria imperecedera, añadiendo al historial del cuerpo una hermosa página.

El comportamiento de la oficialidad es siempre un estímulo poderoso para el soldado, y el ejemplo de los bravos oficiales de Treviño contribuyó á excitar el entusiasmo de los individuos del escuadrón que, de modo tan admirable, supieron conducirse en tan brillante hecho de armas.

Isia de Cuba: Grupo de sargentos del escuadrón de Treviño, después de la acción de Mamey.—La modesta cuanto sufrida clase de sargentos está demostrando en la actual campaña cuánto es su entusiasmo y cuánta su abnegación.

Son muchos los que han ganado en buena lid el empleo inmediato, y no pocos los que adornan su pecho con honrosas condecoraciones.

Los sargentos de Treviño portáronse como buenos en la reñida acción de Mamey, demostrando que á una modestia que tanto les distingue, unen un valor que tanto les honra.

La cabeza del Bautista (cuadro de G. Papperitz).—Por demás conocido es el asunto bíblico en que se inspiró el célebre pintor G. Papperitz para la composición de su famoso lienzo.

¿A qué, pues, detenernos á describir lo que cualquier persona medianamente culta no ignora?

Nos concretaremos, por lo tanto, á llamar la atención de nuestros lectores acerca de tan hermosa obra de arte, y esperamos ha de ser de su agrado, dado su extraordinario mérito.

Isia de Cuba: Grupo de oficiales del batallón de San Quintín.—El batallón de San Quintín ha dado en cuantas acciones ha tomado parte elocuente testimonio de su bizarría.

La pericia de sus jefes, el valor de su oficialidad y la admirable disciplina de sus soldados, se han patentizado con elocuencia en casos verdaderamente difíciles, portándose en todos ellos con valor digno de todo encomio.

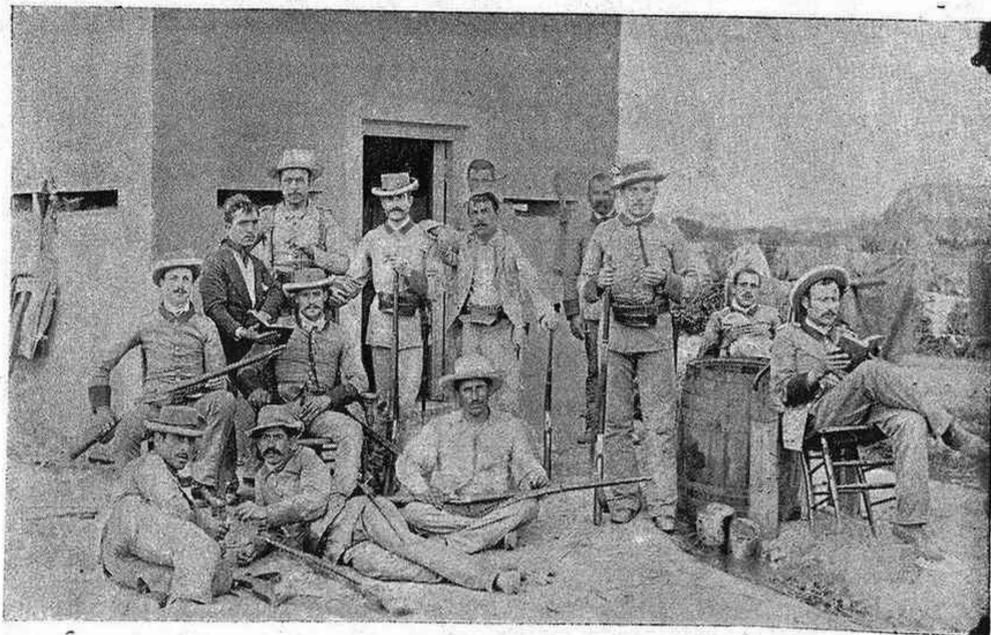
Siendo, pues, tan honrosa su historia y tan bizarro su comportamiento, creemos verán con gusto nuestros lectores el grabado que representa un grupo de oficiales del heroico batallón.

Isia de Cuba: Vista del fuerte Weyler.—Entre los muchos reductos y fuertes construidos para garantizar la seguridad de los destacamentos, figura el fuerte Weyler, situado en Hoyo Colorado.

Su excelente emplazamiento y solidez le dan una no pequeña importancia, y sus defensores podrían resistir ventajosamente el ataque de fuerzas superiores y sostenerse no poco tiempo.

Isia de Cuba: Vista de la iglesia, plaza y calle Real de Artemisa, pueblo situado en la línea ó trocha militar de Mariel.—El interés sumo que despierta la línea ó trocha militar de Mariel-Artemisa, barrera hasta ahora infranqueable para las fuerzas de Maceo, nos ha decidido á ofrecer á nuestros lectores una vista parcial del poblado que en último término mencionamos.

Artemisa está convertido hoy en un verdadero campamento, y sus moradores disfrutan de la tranquilidad que les garantiza la vigilancia del general Arolas y el valor de nuestros soldados.



ISLA DE CUBA.—Grupo de la fuerza de la Guardia civil que hizo la defensa de Hoyo Colorado.

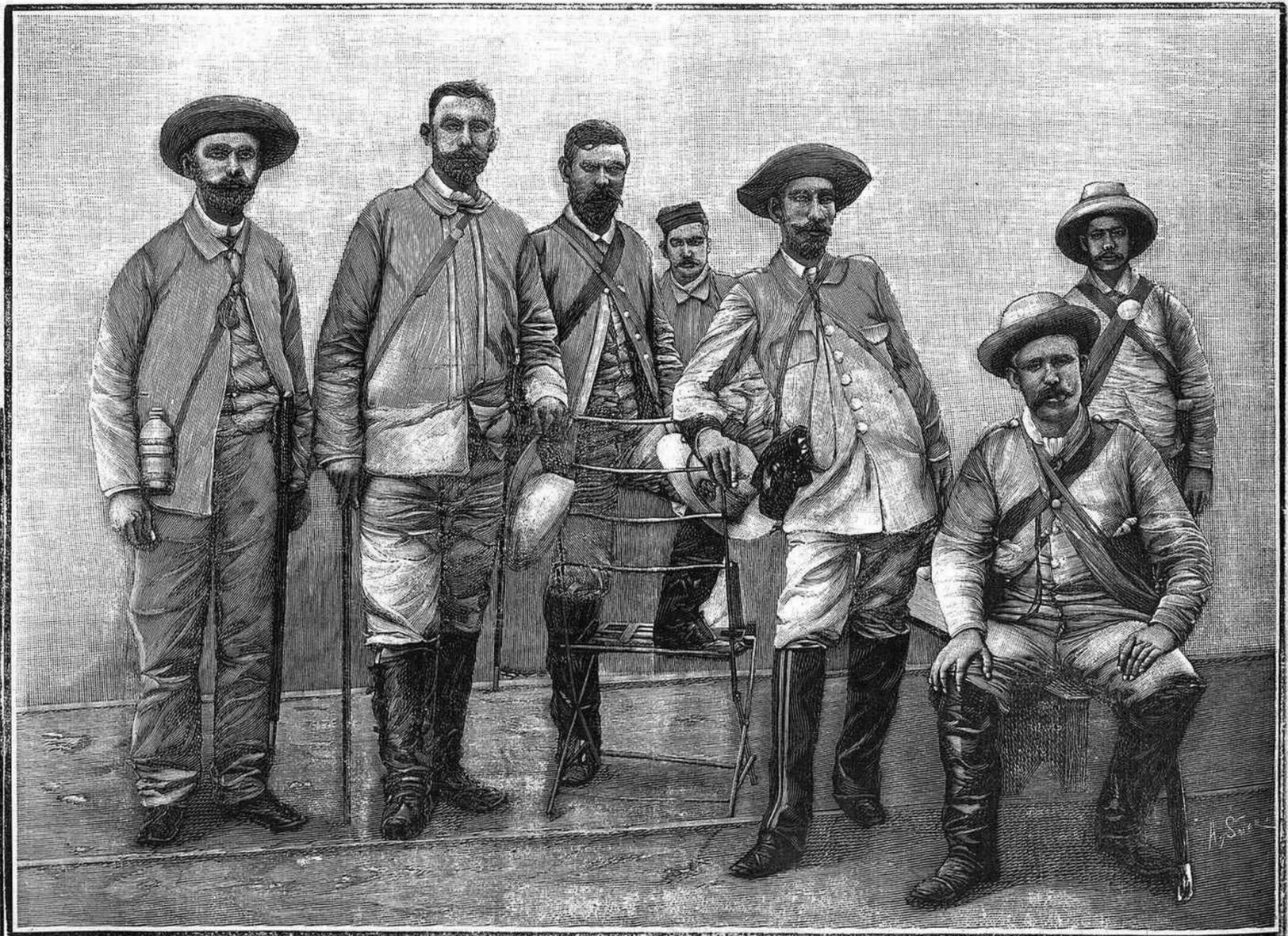
LA PAELLA

—¡Que ustedes se diviertan!...
—Gracias, vecina.
—Vamos, que ya está el coche junto a la esquina.
—Que no se olvide nada, doña Javiera.
—Voy a dejar las llaves a la portera.
—Que tenga usted cuidado, señora Blasa, pues ya ve usted que sola queda la casa, y hay en Madrid rateros que son muy finos; y si no están en casa los inquilinos, aprovechan los pillos las ocasiones para hacer sus malditas operaciones.
—Aquí está la cazuela con las gallinas.
—Este es un cucurucho de pastas finas.
—Tome usted el cordero
—Venga el mollate.
—No tuerza la cazuela, porque hay tomate.
—Coja estas tres docenas de huevos duros.
—Mire usted que esos tarros no van seguros; si vierte en las lechugas la mermelada, tenemos que quedarnos sin ensalada.
—Ponga usted esta lata con la botella.
—Tenga los ingredientes de la paella.
—Conejo, arroz, almejas, y en esta olla perejil y guisantes, ajo y cebolla.
—Conque a ver si aquí estamos toda la vida.
—Que se acuerden de todo.
—Nada se olvida.
—Caballeros..., señoras..., que espera el coche.
—¡Que ustedes se diviertan!
—¡Hasta la noche!
—A ver qué tal nos sale, Paquita bella; a ver si nos lucimos con la paella.
—¿Le gusta a usted el campo?
—Por él me muero.
—¿Tiene usted aficiones de cocinero?...
—En broma solamente..., por compromiso, y cuando voy de campo, que es cuando guiso.
—¿Y usted?
—Pues yo tampoco tengo costumbre, porque a mí me sofoca mucho la lumbre



ISLA DE CUBA.—Don Pascual Herrera, comandante del escuadrón de Treviño número 26.

—¡Ay, Paca!... ¡Usted me saca de mis casillas!
—A ver si colocamos estas astillas.
—Encendamos la hoguera.
—Tenga usted calma.
—Yo sí que tengo hoguera dentro del alma.
—¡Ay! Estése usted quieto, don Manolito.
—¡Si me tiene usted loco!
—Mire que grito.
—Es usted de mi vida grato deleite.
—Eche usted ya los ajos, que está el aceite.
—Si con usted me unieran amantes lazo ...
—Ya tiene aquí el conejo hecho pedazos.
—Pero ¿es que usted no atiende mis tristes quejas?
—Deje usted que se abran bien las almejas.
—A su lado las horas son sólo instantes.
—Dé usted un par de vueltas a esos guisantes.
—Deje que de mis ansias ahora me ocupe.
—¡Ay, que me corté un dedo!...
—Traiga que chupe.
—Pero estése usted quieto, ¡vaya una guasa!
Que no nos quita ojo doña Tomasa;
y ya habrá comprendido, que esa señora,
es, a más de embustera, muy habladora.
—Teniendo a usted de pinche, Paca querida,
yo me estaba guisando toda mi vida.
—Ya está el arroz cociendo.
—Mi amor es puro.
—Hace usted la paella que ni Angel Muro.
—La saco de la lumbre.
—Deje un poquito,
que vaya por su lado cada granito.
—Tiene usted unos ojos zaragateros...; ¡
yo no he visto otros ojos tan embusteros.
—¡Y qué talle, Dios mío!... De buena gana...
—Que nos está mirando doña Bibiana.
—¡Cómo huele a pegado!... Mas ¿cómo pudo...?
—¡Si esto ya no es paella!... ¡si esto es engrudo!
—Y usted que de la lumbre tan cerca estaba,
¿cómo no conocía que se pegaba?
—Como usted se entretiene con otro asunto...
—A mí me parecía que estaba en punto.
¿Pues sabes lo que digo, Paquita bella?
¡que nos hemos lucido con la paella!
JUAN REDONDO Y MEXQUISA.



Grupo de oficiales del escuadrón de Treviño, después de la acción de Mamey.



CONSIDERACIONES GENERALES

CUANDO aun nos parecía escuchar el eco de los insultos groseros, y soeces lanzados por el pueblo norteamericano contra España; cuando aun la excitación de nuestro ánimo no había logrado calmarse, un nuevo atentado, una nueva agresión moral, viene á herir en lo más vivo nuestro sentimiento y á evidenciar de modo harto elocuente que las simpatías y la protección del pueblo yankee hacia los insurrectos no ha amenguado en lo más mínimo.

No nos extraña.

Una nación ensoberbecida por el oro, una nación que ve en la guerra un

pingüe negocio presente y una mayor ganancia en el porvenir, no puede obrar de otro modo.

Por otra parte, la exagerada templanza del pueblo español, su paciencia, llevada al límite de lo incomprensible, ha envalentonado á nuestros mortales enemigos, que han visto en nuestra actitud, no la prudencia, sino el miedo.

Esa interpretación errónea nos ha acarreado el conflicto presente y nos acarreará otros muchos en lo porvenir.

Si España no cambia de conducta, ni ahora ni después podrá ejercitar libremente su soberanía indiscutible sobre la isla de Cuba.

Los hechos lo demuestran.

Realiza nuestra marina militar un hecho que á todos nos regocija: apresa un cañonero en la costa Norte de Pinar del Río, una goleta filibustera (la *Competitor*), caen en poder de [nuestros bravos marinos algunos de los piratas que la tripulaban; y cuando con perfecto derecho nuestros Tribunales de guerra les juzgan y sentencian, el Gobierno norteamericano se interpone, é invocando un tratado que en un caso como el presente no puede ni debe tener valor legal, se opone á que la sentencia se ejecute, por haberlo



Grupo de sargentos del escuadrón de Treviño, después de la acción de Mamey.

dictado un Tribunal que juzgan incompetente.

"Existe un tratado, dicen; cúmplase."

¿Y se nos va á decir que ese tratado está en vigor? ¿Se nos va á decir que al Gobierno yankee le asiste el derecho que se arroga?

La ley material es muy respetable; pero la ley moral, emanada de la razón, es santa.

De tales hechos se deduce una sola conclusión: la de que el pueblo norteamericano está resuelto, no sólo á entorpecer nuestra legítima acción en Cuba, sino á causarnos todo el mal posible.

Es una farsa indigna su aparente neutralidad; es una farsa indigna su *humanismo*; es un hecho innegable su animosidad contra nosotros, y, ¡sin embargo!, sufriremos esa nueva afrenta, esa nueva humillación y habremos de ahogar dentro del pecho nuestro coraje.

¿Tan abatido se encuentra nuestro ánimo?

¿Tan decaídas se hallan nuestras energías y nuestras fuerzas?

¿Adónde va á conducirnos tal modo de proceder?

¿No vamos á tener para ese pueblo de piratas un solo acento, un solo arranque de dignidad y de valor?

En los Estados Unidos se organizan, arman y pertrechan expediciones filibusteras; en los Estados Unidos se proporcionan á la insurrección hombres y elementos para destruir á nuestros heroicos soldados; en los Estados Unidos se insulta á España descaradamente, y la policía de aquél Gobierno *no puede impedir* que tales actos se realicen.

Y ¡qué contraste! Mientras los polizontes yankees son impotentes para atajar el mal, los diplomáticos de aquel país cubren con su manto protector á los miserables que le producen.

Por fortuna, España ve claro y sabe que en el fondo de todas esas cuestiones, de todas esas maniobras, se agita una sola idea, una sola aspiración: la de hacer á Cuba colonia yankee.

¿Y hemos de encogernos de hombros, hemos de permanecer vergonzosamente resignados ante esa criminal aspiración? ¿Hemos de asustarnos ante la magnitud del enemigo y sufrir con una calma verdaderamente estoica tantas humillaciones y tantos desafueros?

Mediten los que á meditar están obligados; calculen el mal que á nuestra patria puede causarla una actitud demasiado prudente, y traten de conjurarle antes de que la aplicación del remedio resulte ineficaz.

No vaya á suceder que los que hemos compadecido á Portugal, juguete eterno de Inglaterra, vayamos á ser compadecidos por juguetes del pueblo yankee.

No ignoramos que pasaron ya los tiempos del romanticismo caballeresco, que pasó la época de los nobles ideales, que vivimos aspirando un ambiente malsano, en que sólo flotan el materialismo grosero y la ambición ruin; mas, ¡ah!, tenemos por muy cierto que ha de llegar un día, y quizás no esté muy lejano, en que la necesidad nos hará volver los ojos al pasado, y si, inspirándonos en él, no variamos de conducta, tendremos que renunciar á vivir.

Porque la vida sin honor no es vida.

La apertura de las Cortes, con tanta ansiedad esperada, se ha verificado.

No es nuestro ánimo, ni encaja en el carácter especial de esta *Crónica*, hacer vaticinios ni aun comentar siquiera la importancia del acto ni la

transcendencia de la labor confiada al nuevo Parlamento.

Hay, sin embargo, un punto en el que hemos de detenernos, siquiera sea brevemente, y es aquel del discurso de la corona en que se trata la cuestión de las reformas antillanas.

Éstas han de someterse á un nuevo estudio para ser convenientemente modificadas, y ese estudio trae, desde luego, aparejada una dilación que es, no sólo conveniente, sino necesaria.

Lo repetimos una vez más. No somos enemigos de las reformas; antes al contrario, las creemos justas; pero, ínterin la insurrección no esté más quebrantada que lo que hoy lo está, ni pueden ni deben implantarse.

La insurrección de Cuba ha sido importada por una nación extranjera á cuyo servicio se han puesto unos cuantos jefes mercenarios, sin patria ni hogar, y, por lo tanto, sin intereses en la isla, por lo que debe tenerles sin cuidado el que los cubanos obtengan ó no concesiones.

¿Con qué fin alientan esas gentes la insurrección cubana?

Todos lo sabemos.

Por eso las concesiones que hoy hiciera España serían consideradas por los separatistas y sus protectores, no como un acto de justicia espontáneo, sino como un síntoma de debilidad ó temor.

Y no debe dárseles ni aun pretexto para que eso crean.

LAS OPERACIONES

Es imposible desconocer que el heroico valor de nuestros soldados y la actividad y pericia de nuestros generales, van resultando, si no estériles, al menos poco provechosos, ante la descarada y creciente protección que el pueblo norteamericano presta á los insurrectos.

Los persiguen sin cesar nuestras columnas; las fuerzas de Maceo son constantemente batidas, y, sin embargo, cuando todo hace esperar que han de sufrir un rudo descalabro, por falta de municiones y aun de víveres, las esperanzas se ven defraudadas.

¿Por qué? Porque los Estados Unidos se encargan de pertrecharlos y no consienten se castigue á los que llevan á cabo tan abominable comercio.

Resulta de lo expuesto que España no lucha solamente con los insurrectos cubanos, sino con el pueblo yankee, que, arteramente, de modo indirecto y sin el menor peligro, nos hace una guerra sin cuartel.

En una de nuestras *Crónicas* anteriores señalábamos la necesidad de aumentar las fuerzas que operan en Pinar del Río, y con nuestra modesta opinión coinciden hoy opiniones muy autorizadas, y entre ellas la del mismo general en jefe.

Pero resulta que el aumento de esas fuerzas es difícil de realizar, porque todas cuantas existen en la línea de Mariel son indispensables para la defensa y objeto de la misma, y de los demás departamentos no puede ni debe sacarse un solo soldado.

Pensó el general Weyler reforzar la trocha con los voluntarios de la Habana para destinar 5 000 soldados á las operaciones de Pinar; y es de esperar que, dado el patriotismo que tanto los distingue, acojan con entusiasmo el pensamiento del general en jefe.

De todos modos será indispensable que España lleve á cabo un nuevo sacrificio y el ejército de Cuba se aumente.

¿Se conseguirá con ese esfuerzo lo que se pretende? ¿Será posible que, con un nuevo y numeroso envío de tropas, el poder de los insurrectos se quebrante y la protección de los yankees se atenúe?

Nada vale nuestro parecer; pero creemos firmemente que, mientras nuestro Gobierno no proteste ante el norteamericano, y aun ante los de toda Europa y América, del ruin proceder de los negociantes yankees, y demuestre con un acto de virilidad que no está dispuesto á tolerar por más tiempo tanta deslealtad y tantos desmanes, todos cuantos sacrificios lleve á cabo el pueblo español resultarán estériles.

No son, en verdad, de gran importancia los hechos de armas que durante la decena han tenido lugar.

En Esperanza, pueblo de la provincia de Santa Clara, penetraron las partidas de Zayas, Cayito Álvarez y Vázquez, siendo rechazadas por 60 soldados de Luzón y algunos honrados vecinos, dirigidos por el valeroso sacerdote D. Pedro Caballer, que luchó con verdadero heroísmo.

También en Cruces, pueblo de la misma provincia, penetraron las fuerzas de los cabecillas Alemán, Salduy, Arbolay y Mamerto Romero, trabándose en las calles combate muy reñido.

Pero los soldados de Zamora, Basbastro y la guerrilla de ingenieros de Cienfuegos se encargaron de escarmentarlos, causándoles 18 muertos y doble número de heridos, entre éstos el cabecilla Romero, que quedó en poder de nuestras tropas.

En Pinar del Río han continuado los movimientos de columnas combinadas, encontrando la del general Serrano, antes Bernal, á las fuerzas de Maceo en el sitio llamado *Candelaria*.

Entablóse la lucha.

Los insurrectos, que ocupaban ventajosas posiciones, se defendieron con tesón por espacio de cinco horas.

Nuestros soldados acometían con bravura, y los rebeldes, no pudiendo resistir más tiempo su empuje, emprendieron la retirada.

En esto llegó la columna Valcárcel, y, unida á la de Serrano, emprendieron la persecución, que continuó más tarde la última con la de Suárez Inclán.

Del resultado de estos combates no se tienen noticias concretas; pero se dice que los insurrectos experimentaron más de 200 bajas entre muertos y heridos, consistiendo las nuestras en 7 de los primeros y 22 de los últimos.

En Cauto-Abajo (Santiago de Cuba) el coronel Tejada cayó sobre el campamento de José Maceo y le causó pérdidas de consideración.

También el bizarro coronel Segura ha dado una nueva prueba de su actividad incansable y extraordinario arrojo.

Al frente de una columna, formada con tres compañías de Sevilla y tres de Zamora, escuadrón de Camajuani y alguna artillería, se dirigió á Santa Rosa, en cuyo punto encontró á las partidas de Carrillo, Mirabal y González, fuertes de 1.600 hombres y ocupando ventajosas posiciones.

Cargaron nuestras tropas y púsose en fuga el enemigo. Pero, rehaciéndose de pronto, ocuparon una fuerte posición.

Lo resuelto de su actitud hizo que el valiente Segura se pusiera al frente de tres compañías, y, ordenando un ataque á la bayoneta, cayó sobre el enemigo, causándole 54 muertos y considerable número de heridos.

El general en jefe se ha mostrado muy complacido del éxito de tan brillante hecho de armas, y ha felicitado muy cordialmente al heroico Segura, cuyo brillante comportamiento en la campaña actual es digno de todo encomio.

Encuentros parciales de menos importancia que los relatados se han verificado en gran número; pero es preciso reconocer que en la decena que acaba de transcurrir las operaciones no han respondido á las fatigas y bravura de nuestros soldados.

IMPRESIONES Y ESPERANZAS

Las impresiones de última hora no tienen nada de optimistas.

El incidente promovido por el Gobierno yankee y la certidumbre de que ese pueblo es el que mantiene el fuego de la insurrección, son causa de que en todos los ánimos se noten inequívocas señales de desconfianza y de duda.

Unáse á lo apuntado lo que pudiéramos llamar resurrección de Máximo Gómez, y el pesimismo estará justificado.

Los planes del generalísimo acaso se encaminen á favorecer la situación de Maceo; pero creemos no ha de lograrlo fácilmente.

Suponiéndole en Las Villas, es mucha la distancia que de él le separa; y para llegar á la línea de Artemisa, tendría que cruzar las provincias de Santa Clara, Matanzas y Habana, donde se mueven numerosas y aguerridas columnas que se encargarían de disputarle el paso.

Si no es eso lo que se propone, entonces no cabe dudar se prepara á maniobrar en Las Villas, en cuyo caso puede señalarse á los tres núcleos principales de la insurrección la situación siguiente: Maceo, en Pinar del Río, donde con frecuencia, y á juzgar por los hechos, se efectúan grandes desembarcos; Gómez, en Las Villas ó departamento central; y en el Oriental, Calixto García.

En los tres puntos lucharán nuestros soldados con su peculiar bizarría, pero, lo repetiremos una vez más, mientras nuestro Gobierno no se muestre más enérgico y menos tolerante con los norteamericanos, la situación de Cuba no mejorará.

Precisa, por lo tanto, mostrar entereza y no amedrentarnos ante la superioridad numérica del verdadero enemigo.

Y se impone un acto viril porque así lo reclama nuestra dignidad, nuestra historia y la conciencia de toda Europa.

JUAN DE ESPAÑA.

EL BAILE DE LOS ALFILERES

Camilo estrenaba aquel día unos zajones nuevos, lindamente bordados, como los de un vaquero de tierra de Salamanca; malos lujos eran aquellos para lucirlos en lo más rudo del invierno, cuando la sierra se hallaba hecha una inmensa muralla de nieve, nevado y blanco como el armiño todo el valle, desnudos los árboles y sólo verdes los pinos, contrastando en sus ramas el obscuro verdoso con los ramillos de plata que se formaban por los nítidos copos en aquéllas posados, lenta é incesantemente, de un modo copioso y suave.

Su robusta naturaleza de mozo campesino se enardecía al contacto del soplo frío y picante de la sierra; brillaban sus ojos de contento; tenía en-

carnada la faz, y sus manazas de labriego, un poco agarrotadas por el frío, batían zurrando y desplegando la pesada capa de paño, propia para las fiestas, las ferias y las bodas y bautizos.

—¡Me valga Dios!—decía Camilo dirigiéndose á su madre, una anciana bajita, de rostro anguloso y mondado de carnes, cuanto rugoso de piel, con ojos astutos, ceño de desconfianza, que, con su pelo gris, peinado á moñito-picaporte, se hallaba en cuclillas junto á la lumbre del hogar, arreglando el puchero.

—¡Qué es ello, hombre! ¿Ya te enojas?

—¡Pus no me tengo de enojar, por más que me retoce la alegría dentro del cuerpo! ¿Le parece á usted, madre, que son estos tiempos para casos?—replicó Camilo, y se echó á reír, haciendo ver que su enfado era un fingimiento del propio regocijo que le animaba.

—Mira, pues lo que es por mí, mas que lo dejéis para la verbena del Carmen, tanto se me da. ¡No sé qué diablo vos ha picado á darse tal prisa al negocio de la boda... ¡Ah, las bodas se piensan más!

—¡Too! Pus ¿no se le requemó á padre (que Dios goce) la sangre cuando quiso casarse con usted?

—¡Con lo que sales ahora! Lo que es que vos convenía hacer lució el baile de los alfileres, y por entonces está mejor la gente para obsequios que no ahora, á la mitad del invierno, que se hielan hasta las palabras...

—Pierda cuidado, madre, que no se helará el sí en los labios; que por mi parte he de soltarlo tan recio y redondo, como no haya oído otro el señor cura *en jamás de los jamases*; y lo que es Teresa, *me pienso* que hará lo propio.

—Anda hombre, anda, y si lo has de hacer ahora no te duermas, que ya estará tu abuelo *preparao* y como si le picaran ortigas, á pura desazón de *empaciencia*.

Las casas aparecían como abrumadas al peso de la nieve y con las puertas y ventanas herméticamente cerradas; por las callejuelas tortuosas y desiguales no se veía á nadie, sólo alguna que otra nevadilla de paso nervioso, moviendo con vivísima agitación su larga colita, iba de uno á otro punto por cima de la nieve, en tanto que los gorriones, ocultos bajo las tejas ó en los bordes de algún boquete de los sobrados y pajares, se resguardaban del frío piando á veces de un modo triste; el estanque de la fuente del pueblo se hallaba helado, y sobre la dura capa de vidriosa transparencia rebosaba chispeando el chorro de agua del caño; el humo de algunas chimeneas subía con la misma vaporosa lentitud con que caía la nieve; allá á lo lejos, por toda la extensión del valle, bruscas ráfagas de viento levantaban torbellinos de polvillo niveo; tal era el silencio, que se podían oír desde la aldea los repetidos golpes del hacha ó segur del guarda del monte vecino, que hacía leña, sin duda; por la ondulante y espesa masa del frío espacio, cruzado por la lluvia de copos, se comunicaban hasta allí los acompasados sonidos, como medidas de un formidable péndulo que midiese las pesadas horas de aquel temporal.

Sólo allá, por lo más lejano del valle, se veía un bulto que á primera vista podría dejar en duda de si era un carro ó un hombre montado en una caballería, y que fué destacando sus contornos conforme fué acercándose á la aldea; Camilo, que envuelto en su pesada capa salía de su casa y se dirigía á la plazuela, se había quedado mirando hacia el camino, y conoció en el referido bulto el correo de Villacastín, que llegaría en breve mon-

tado en su caballejo, llenando de alegría el lugar con el ruido de campanillas y cascabeles.

Camilo palideció al ver al correo; era Martín un mozo espigado, fanfarrón, bullicioso y galán, que, según se decía, había sido en otro tiempo novio de Teresa. Aun estaba Camilo parado y pensativo, cuando Martín entró en la plaza y se detuvo ante Camilo, al cual dijo con ese extraño acento irónico y triste que suele ser la expresión de enconos profundos y no bien moderados:

—Buenos días, Camilo. ¿Estás á la espera de alguna noticia?

—Estoy á lo que me parece, Martín; sigue tu camino.

—¡Puede que no me quieras dar parte de tu boda!—exclamó Martín, según después dijo Camilo, aunque dudaba de si habían sido estas mismas palabras las que hubo de emplear para decirlo el correo de Villacastín. Camilo aseguró después que Martín le habló muy blandamente, confesando que bien debía haber comprendido que Teresa no había de casarse con un pobre pelagatos, un triste correo; pero que él había tomado la cosa á broma, y que no era ni el primero ni sería el último de quien se habían burlado las muchachas; luego añadió que se hallaba dispuesto á asistir á la boda y al baile.

—Pues mira, quedas convidado—dijo así como con cierto tono de braveza Camilo, por si aquello fuera algún desafío; pero no, el mozo correo se apartó, al parecer, triste y resignado, y fué á hacer el reparto de las cartas de su valija de cuero.

—Vaya, todo debió ser puro juego; Teresa era una niña y éste un rapazuelo—pensó muy gravemente Camilo, y se encaminó á casa de su amada.

II

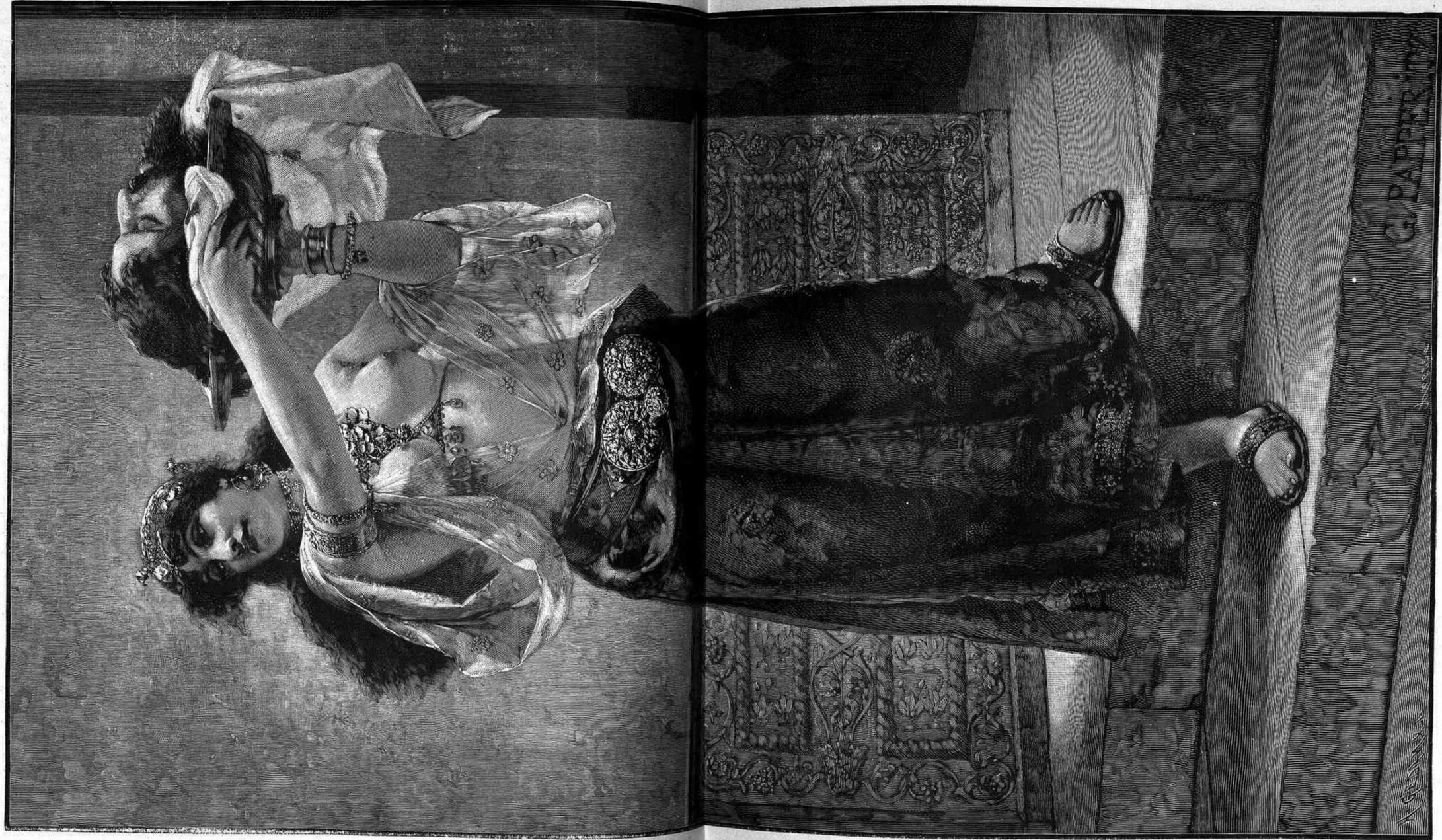
Pocos días después hacía un sol hermoso y una mañana templada, suave, casi á punto de recordar las de los primeros días de la primavera; la nieve del valle brillaba, no ya con esa blancura de muerte que muestra cuando sigue cayendo en densos copos y el cielo se halla nublado, sino con ese brillo irisado que toma cuando se derrite al calor del sol, y, convertida en agua purísima, llena los cauces y venas de la fertilidad y de la riqueza.

Camilo y Teresa se habían casado; y después de haber ofrecido al cura el bodigo ó torta de boda y de haber tomado el chocolate, se hallaban en la plaza. Teresa estaba guapa y lujosa, Camilo lleno de gozo; en el centro de la plaza habían colocado la mesa con la canastilla para los regalos; los padrinos se hallaban sentados junto á la mesa, y no lejos de ellos el gaitero y el tamborilero, dispuestos á tocar la danza. Es costumbre que los que llevan un regalo á la novia se lo claven á ésta en el vestido con un alfiler ó se lo cuelguen del cuello, y luego tienen derecho á dar dos ó tres vueltas en danza con la novia, que baila cargada con todos los objetos que la han regalado. Las mujeres ó los que regalan en dinero, dejan sus obsequios en la canastilla de boda.

Ya el hijo del alcalde había regalado á Teresa un magnífico pañuelo, diciéndola rumbosamente al colocársele:

—Para que no te resfríes.

Luego el cura la regaló un hermoso rosario, y así unos collares, brincos, cintas y lindos atavíos, cuando tocó la vez á Martín el correo, el cual se acercó más pálido que un difunto, llevando en su mano un seco ramo de flores, y con voz medio apagada la dijo:



LA CABEZA DEL BAUTISTA (cuadro de G. Papperitz).

— Guárdale y no digas á *naide* que lo has tirado, que de la que desprecia las memorias de un cariño no hay que esperar constancia.

Teresa quedó más pálida aún que Martín, y miróle con espanto dando uno ó dos pasos atrás...

¡Ah!! Qué hermosa estaba! Devorábala Martín con los ojos, cuando, nublándosele éstos repentinamente, alzó el brazo é hizo brillar en el aire la hoja de un cuchillo de monte, que clavó en el pecho de Teresa, exclamando con fiereza:

— Bailaremos también este alfiler en tu boda, falsa, *cubdiciosa*.

Aun antes de que nadie pudiera oponerse, Martín se traspasó el pecho con el cuchillo de monte. Tal fué de trágico aquel baile de los alfileres de la boda, antigua costumbre de los hijos de mis queridas montañas.

JOSÉ ZAHONERO

DESENLACE DE UN DRAMA

En el fondo de gótica estancia y á la luz que derrama de sus cuatro mecheros bronceada lámpara, pendiente del artesonado techo por cadenas doradas, medio recostada sobre mullidos cojines, una mujer hermosa como un arcángel celeste, fija la límpida mirada de sus ojos azules, con expresión de inefable deleite, en un gallardo joven que, sentado en el suelo, apoya indolentemente su cabeza sobre el regazo de ella.

Ambos son hermosos; ambos poseen esa ternura de la epidermis y ese color de la sangre que pugna por brotar á través de los poros, propia de las razas del Norte. Ambos tienen los cabellos rubios, que en ella caen por su espalda en dos magníficas trenzas, y en él forman abundosa cabellera de bucles que descansan sobre sus hombros. Ambos son de raza goda, dominadora de España entonces.

De repente, ella, dejando de jugar con sus afilados dedos en la sedosa barba del mancebo, se inclina rápidamente sobre él y estampa ardiente beso en la boca del joven.

— Dame, Roderik mío, dame un poco más de ese dorado licor—dice ella— que extiende por mis venas y lleva hasta mi corazón el fuego insaciable de ese amor infinito que por ti siento.

Y el joven, extendiendo su mano, alcanza una copa dorada, maravilla del cincel, que hay en una bandeja colocada junto á sus pies, sobre una pequeña tarima, y la ofrece á su amada, que la apura con avidez.

— Y tú, Roderik, ¿no bebes?—añade.—¿No te complacería sentir esa dulce laxitud que se experimenta después de haber bebido ese licor divino? ¿No te agrada sentir, como yo, latir más presuroso tu corazón y acrecer por instantes ese frenesí devorador del ansia nunca satisfecha?

— Sí, Oltruda mía, sí—responde él—; pero... ¡qué sé yo! prefiero tus caricias y tus besos cuando no nacen de la excitación que en ti produce ese vino diabólico, que transforma tu dulzura angelical en esos arranques de delirante extravío que sin saber por qué hielan mi sangre. Oltruda, Oltruda mía, noto en ti algo tan extraordinario; hay acentos tan extraños en tu voz esta noche, que á través de tus amorosos arranques me parece vislumbrar como rasgos de catástrofes inexplicables, y percibir como ecos de trágicos sucesos.

Oltruda, al oír estas palabras, abre sus ojos medio velados por las sombras de la embriaguez que empezaba á apoderarse de ella, y mira con

fijeza á los ojos de Roderik, como queriendo leer en el fondo de su alma la intención con que las ha pronunciado; y al no observar en su rostro otras señales que la ingenuidad en él retratada, rompe á reír con fresca y sonora carcajada, que repite el eco de aquellos graníticos muros. Luego cesa en su risa, repentinamente sobrecogida por temblor convulsivo, y por uno de esos bruscos cambios, tan frecuentes en la embriaguez de las organizaciones nerviosas, sus ojos se nublan y dos lágrimas caen rápidas por sus satinadas mejillas, coloreadas por el espirituoso vino del valle del Guadalete.

— Está bien, Roderik; pues que tú prefieres las frases solemnes y las actitudes severas á los escarceos del gozo que inlútra en mi espíritu ese licor que maldices, vamos á hablar seriamente, y tú contesta á mis preguntas con la misma lealtad que si hubiera de juzgarte en breve el Supremo Hacedor de todas las cosas.

Y de pronto, con briosa resolución é incorporándose majestuosamente, le dice:

— Dime, Roderik, ¿no juraste mil veces que me amabas tanto, que quisieras morir estrechando tus labios contra los míos, para que en un supremo y último beso nuestras almas volaran unidas al seno de la eternidad?

— Verdad es, Oltruda. Tan verdad, que estoy siempre dispuesto á dar mi vida por ti.

— Pues si eso es cierto, Roderik, ¿cómo hay mujeres, y mujeres hermosas, hasta poder hacer que derramen lágrimas hombres de corazón curtido en los riesgos, que te aguarden junto á la ermita de Sigfrido el anacoreta y giman en tus brazos, suplicándote tal vez no las abandones y olvides, en cambio, á sus rivales?

El joven, al oír esta acusación tan bruscamente formulada, se incorporó, quedando erguido sobre sus rodillas, y pretendió hablar; mas no pudo, porque Oltruda tapó su boca con una de sus diminutas manos, mientras continuaba con severa entonación:

— ¡Calla! Ya te tocará hablar cuando yo acabe. Ahora me corresponde á mí. Pues bien: yo que he visto tu traición plenamente comprobada, no queriendo odiarte y despreciarte, resolví librarte del riesgo de perjurio en que estabas, y deseando fueras mío, exclusivamente mío; y ratificar en una solemne noche, cual ésta, nuestra unión eterna, dispuse que muriéramos juntos, y he mezclado un tósigo á ese vino celestial para que mis palabras sean las últimas que resuenen en tus oídos, que mis ojos sean los únicos que mires y mis caricias las postreras que estremezcan tu cuerpo cuando en breve exhalamos el último suspiro.

— ¿Qué dices, Oltruda mía? ¿Qué hablas de morir?—exclamó Roderik sintiendo súbitamente que un frío mortal se apoderaba de su corazón, y que el escalofrío del espanto erizaba sus cabellos— ¡No! ¡Tú no puedes haber hecho eso que dices, loquilla adorada! Tus celos infundados te han hecho creer, sin duda, que, aterrándome, te confesaría mi supuesto perjurio. No, Oltruda, no; la muerte me espanta por ti, pues yo ya estoy habituado á mirarla cara á cara; pero tú, ángel mío, ¿tú morir? ¿Y por qué, si tu Roderik te probara es tuyo y sólo tuyo, y que jamás mujer alguna fué más amada que tú lo eres?

Ella, durante ese aluvión de apasionadas frases, escuchaba inmóvil, clavando su mirada extática en el techo como si demandara al cielo inspiración para juzgar á su amado; y él continuaba con exaltación delirante:

— ¿De una mujer hablaste y de una entrevista con ella junto á la ermita de Sigfride? ¡Ah! ¿Qué genio maldito te condujo á aquellos lugares, para que descubrieses historias de horrores é infamias, que para evitar cayesen sobre mi frente me hicieron abandonar mi país y venir al tuyo á servir plaza de obscuro aventurero entre las gentes de tu padre?

Oltruda entonces, con voz mal segura por la ira celosa que la embargaba y con vibración sarcástica en su acento, le interrumpió diciendo:

— Bien, quiero darte crédito, y, por lo tanto, esa lealtad de que tanto blasonas me ayudará á descifrar todo misterio. La escena que yo vi era la siguiente: Era una noche clara en que la luna lucía su espléndido disco en el firmamento; tú, sentado sobre una roca, tenías en tus brazos á un niño á quien acariciabas, besando sus mejillas y sus blondos rizos; aquella mujer, arrodillada á tus pies, apoyaba ambos codos en tus rodillas, y fijaba sus ojos, anegados en llanto, en ti y en aquella criatura, que sin duda representaba á tu conciencia como apoyo de sus súplicas, que debían dirigirse á que evitaras la continuación de esos rigores y esas infamias que te impulsaron á venir á este país para hallar campo á nuevas traiciones y nuevas infamias.

— ¡No, no! ¡Cesa ya, Oltruda mía! Cesa ya. Cuan-to dices es cierto, y yo te lo confesaré todo, aunque la vergüenza me mate y el deshonor me humille á tus ojos. Esa mujer que tú viste, esa mujer... es..., es mi hermana Rudesinda, encanto que fué mío y de mi pobre padre, y aquel niño infortunado el fruto de sus miserables amores con un villano que, al ser sorprendido en una de sus entrevistas, completó su obra de maldición clavando la hoja de su escramo en el corazón del pobre anciano, que le pedía cuentas de su honra, y huyó con ella. Por esta causa, viéndome cubierto de oprobio, y no hallando en quién ejercer mi venganza, abandoné mi patria y vine á este país, donde sabía se habían refugiado ambos, confiado en que Dios los pusiera alguna vez en mis manos.

Pues esa mujer, causa de mi desventura, ha tiempo abandonada por su amante, sufre los horrores de la miseria más inaudita, implora la piedad de las gentes, y sus sufrimientos han hecho germinar en su pecho una cruel enfermedad que muy en breve causará su muerte y... mira, Oltruda, si seré vil y miserable, que aquella mujer, en vez de despertar en mí deseos é impulsos de venganza, logró enternecer mi alma y moverla á compasión con el relato de sus desdichas; y cuando la viste á mis pies deshecha en llanto, ponía su hijo bajo mi protección, porque ella mañana ingresa en una casa de santas mujeres dedicadas á la oración y alejadas del mundo, para allí dedicar lo que le resta de existencia á que Dios la perdone su crimen; y cuando la viste, me declaraba el nombre del infame y me pedía, por la memoria de nuestra madre y por el nombre de Dios, perdón para el culpable, temerosa sin duda de no hallar ella piedad ante el trono del Eterno; y yo..., yo Oltruda mía..., le ofrecí adoptar aquel hijo del deshonor y del crimen como si fuera mi hijo, y lo he confiado á la mujer de uno de mis soldados, y evitaba dar respuesta á sus demandas de misericordia para el delincuente, porque no podía acceder á esas súplicas renunciando á la venganza tanto tiempo ambicionada y que la justicia divina pone hoy al alcance de mi escramo.

Oltruda, á medida que Roderik avanzaba en su relato, iba poco á poco sintiendo operarse en su

espíritu la justificación de su amante; y á medida también que su exaltación celosa se desvanecía, su rostro tomaba distintas expresiones, ya de ansiosa curiosidad, ya de agitación extrema, y, por último, de intensa felicidad, que, en su explosión, la hizo prorrumpir en copioso llanto, dando así suelta á toda la amargura que los celos habían depositado en su pecho.

Entonces, arrojándose al cuello del joven que rodeaba con sus y bellos y torneados brazos, cubriale el rostro de apasionados besos, mientras le decía:

—Perdóname Roderik de mi alma. ¿No es verdad que me perdonas por haberte creído desleal, cuando eres el corazón más noble que palpita sobre la tierra? Bien hiciste en no beber ese vino maldito y fatal, preparado por mí para darte la muerte. ¡Dios lo quiere! Dios quiere que yo muera sola en justa expiación de mis sospechas y mis dudas.

—Pero qué, Oltruda de mi alma, ¿es verdad lo que dijiste, ó es que aun no desistes de volverme loco con tus injurias? Tú sabrás, si eso es cierto, algún recurso con que impedir tanto infortunio. ¡Dímelo, dímelo pronto, porque si llego á verte en riesgo, es muy posible que mi corazón estalle de dolor! ¿Qué hay que hacer para salvarte, Oltruda mía? ¡Dilo!

Ella, dejándose caer sobre su blando asiento con lánguido abandono, mostró á la luz plena de la lámpara su hermoso rostro, dulcemente risueño y radiante de felicidad.

—Ya es tarde Roderik, ya es tarde, porque siento zumbir en mis oídos el aleteo del ángel de la muerte; pero no desesperes, dueño mío adorado, porque muero muy dichosa sabiendo cuánto soy amada por ti. Perdóname el dolor que te causo, y... vive y completa tu generosa obra. Vive, Roderik mío, porque tu vida es necesaria á ese infante desdichado y á tu infeliz hermana; mas acuérdate siempre de tu Oltruda, que muere bendiciéndote y amándote con delirante frenesí.

Y atrayendo la cabeza de Roderick, que estaba de rodillas junto á ella, la apretaba convulsivamente contra su seno, mientras su boca se posaba rápidamente de acá para acullá sobre aquella cabeza adorada, cubriéndola de frenéticos besos.

En este momento oyóse ruido de pasos, choque metálico de acicates sobre las losas del pavimento, y, abriéndose de repente una de las puertas del salón, apareció bravío y altivo un anciano seguido de varios hombres de armas. Era el conde, padre de Oltruda, que, ante la inesperada escena que se desarrollaba á su vista, quedó inmóvil en medio de la estancia, en el ademán del estupor más profundo.

Roderik, al verle, levantóse lentamente, y dando varios pasos hacia el anciano, le dijo con voz grave y sombría:

—Calmaos, señor, que para vos no hay traición ni deshonor alguno aquí. Calmaos y escuchadme, que, si después de haberme oído, vuestro corazón os pide venganza, yo os la daré tan cumplida como el mayor rencor exigir pudiera. Oltruda y yo nos habíamos jurado amor eterno, y ella, dudando de mi hidalguía, me creyó perjuro y pensó nos diéramos muerte á la vez; pero, dejándose arrebatada sobradamente por los celos, dictó sentencia sin oírme en juicio. Después, cuando ya la fatalidad había hecho su oficio, me escuchó y llevó á su alma la convicción de mi leal proceder.

—¡Es verdad, padre mío! Es un corazón muy

generoso el de Roderik. ¡Creedlo, padre mío!— exclamó Oltruda haciendo un supremo esfuerzo.

—Calla, Oltruda. Espera y óyeme. Pues bien, señor, ese ángel muere víctima de su intenso amor hacia mí, y yo, á quien felizmente un presentimiento vago indujo á no probar el licor envenenado, permitiéndome así hacer voluntaria, en vez de forzada, mi suerte; yo, queriendo probar á esa mujer amada que á ella sacrificio todo, todo, hasta la codiciada venganza que fué mi sueño de largos años, resuelvo precederla y que sus ojos se cierren sabiendo que su amante la espera; y con súbito arranque, su mano derecha, posada sobre el puño de su escramo, se elevó y bajó con la rapidez del rayo, brillando en ella el siniestro destello del acero, que clavó con violencia en su pecho. Después, por un instante, permaneció de pie, vacilante como un ebrio; trató de dar un paso hacia la niña y cayó pesadamente de costado al suelo.

Oltruda, con la faz cadavérica, poseída de temblor convulsivo, se irguió nerviosamente, inclinó su hermoso busto hacia adelante, y, faltándole las fuerzas, flaquearon sus rodillas y fué á desplomarse sobre el cuerpo de Roderik, estremeciéndose con la última convulsión de la agonía; y sintiendo que un chorro de sangre cálida caía sobre su frente, murmuró:

—¡Bendita seas, noble sangre, que me abres la puerta del paraíso! Y expiró, mientras el noble anciano caía de rodillas, surcando una acerba lágrima sus curtidas mejillas, exclamando con acentos de terror indefinible:

—¡Misericordia, Dios mío, misericordia!

ADRIÁN CARRERAS.

Madrid 28 de Abril de 1896.

TEORÍA DEL DERECHO

(Continuación.)

Dicen éstos en teoría, practicando ese principio absurdo, que no hay necesidad de religión ni de preceptos morales para la conciencia, y hacer el bien por el bien mismo, sin esperanzas de premios ni temores al castigo, nada más que por el gusto de hacerlo, es suficiente.

Aparte de lo erróneo del criterio personal y de lo absurdo de la injusticia, siendo un hecho general y evidente el mal relativo, como lo es el frío, categoría relativa del calórico, no se puede comprender el bien sin la justicia eterna, realidad absoluta demostrable.

De aquí que, moviéndose el sér humano hacia Dios, realiza simultáneamente las dos leyes: de abnegación por realizar el bien específico; de egoísmo por la satisfacción íntima de ser remunerado en su abnegación, según el buen trabajador lo es por su trabajo para una obra no propia, y esto en la realidad, á la luz de la razón impersonal, para todos la misma, según se mueven los astros con la de gravitación y la de rotación simultáneamente.

Que hay seres honrados por vocación nativa, que gozan obrando el bien sin otros motivos, según los hay que gozan realizando el mal sin otros motivos; éstos no son suficientes, ni racionales, ni lógicos para fundamentar la tendencia personal en un criterio también personal, y absurdo, por consiguiente, de no ser inevitable para la realidad.

XIX

Para que la razón personal de cada uno pueda informarse de la realidad, así como nuestro nervio óptico se auxilia de las leyes de la óptica y nuestros ojos del microscopio y telescopio, es indispensable auxiliarse de la razón personal con la razón *impersonal* verdadera y para todos idéntica, y con ella obtener la certeza por demostración y experimentación de la regla de moral, así para las acciones colectivas como para las individuales; regla ya formulada, cuyos conocimientos han de generalizarse á la infancia por la educación, á la juventud por la instrucción (1), según se viene haciendo con la *ciencia real* á las masas y las matemáticas á la juventud, por cuyos conocimientos nos vienen todos los progresos morales y materiales de verdadera realidad.

Pues, según venimos demostrando, la realidad del principio religioso, base y fundamento de la sociedad futura, es el irrecusable de la sensibilidad consciente; y el ineludible de la regla de moral de las acciones, así colectivas como individuales, de *cada uno para todos y todos para cada uno*, punto de partida del futuro orden social, luz del camino de cada uno y propulsor de la voluntad de todos, para la identificación de todos los seres en la especie y de ésta con Dios, por la justicia de cada uno.

Este lazo religioso, corolario desprendido de la verdad absoluta y llevado á la conciencia de todos por la *razón impersonal* y el interés personal, afirmará sobre bases incommovibles la libertad y la responsabilidad, dando la razón fundamental del desinterés y la honradez de cada uno, como los resortes únicos para domar las pasiones y contener los desordenados apetitos en los límites de la más real honestidad.

Por igual modo y de la misma manera que las verdades de la *ciencia real* vienen enseñoreándose del mundo intelectual, á pesar de las diferencias en la expresión del *verbo*, y las distancias de los pueblos, y la heterogeneidad de las familias, y las dificultades presentadas por los prejuicios religiosos y económicos.

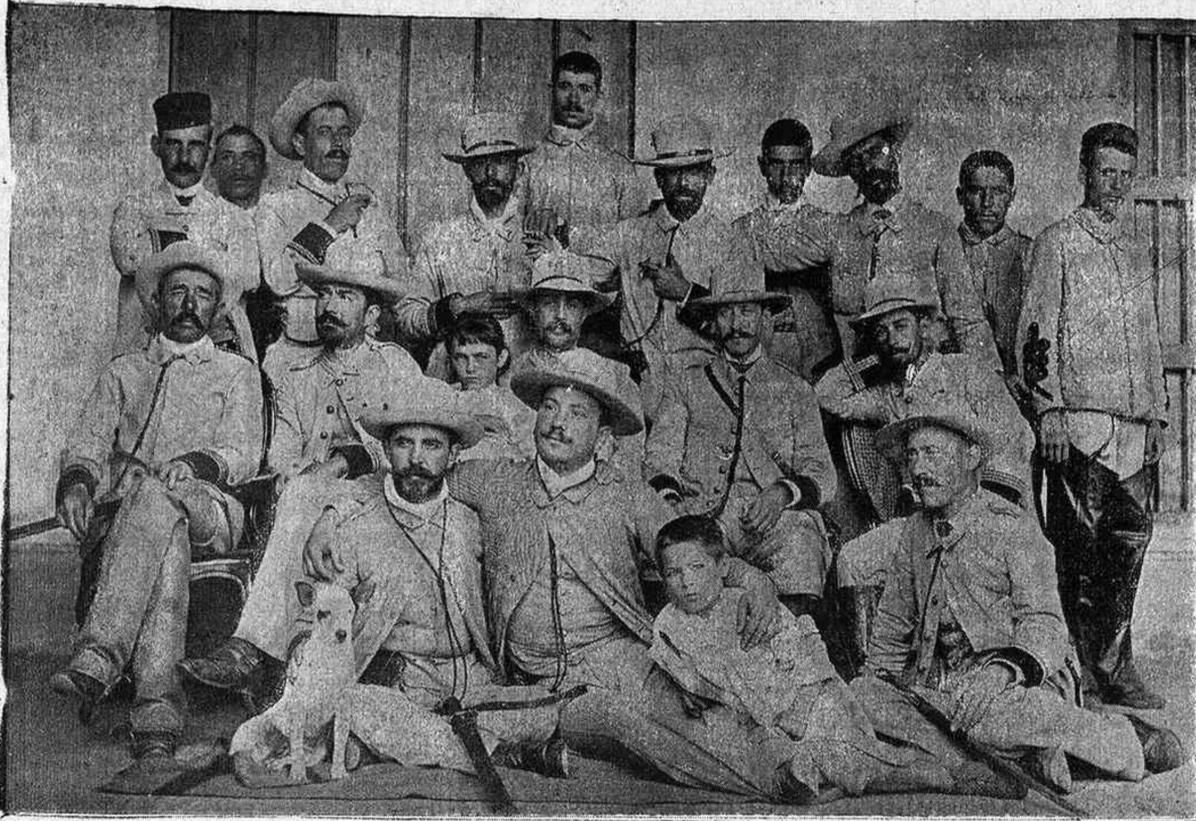
Entre las extremas pasionales tendencias de quienes les basta y pueden seguir los impulsos de su conciencia para eludir los deberes, utilizándose del bien de los demás á la sombra del venal convencionalismo, y cuantos lo sacrifican todo haciendo cuanto les place por el uso y el abuso de la propiedad de los otros; en esta base fundamental del orden y la de aquellos que hacen cuanto pueden por los demás y nada por sí mismos, hay grandes distancias á la realidad que debemos utilizar y aprovechar honestamente todos por la reintegración de nuestra justicia.

Apoderados de la base del orden social, cuya piedra angular es la renta, fruto y labor de la colectividad, sobre la base, es fácil seguir y satisfacer los gustos de cada uno, sean éstos legítimos ó no, y satisfacer los apetitos más ó menos desordenados; pero saber si estos gustos y estos apetitos están conformes con cuanto sanciona la única y verdadera regla de moral, es ya problema más difícil de resolver.

(Continuará.)

UBALDO ROMERO QUIÑONES.

(1) *Educación moral del hombre*, de Romero Quiñones, donde se demuestran los principios esenciales.



ISLA DE CUBA.—Grupo de oficiales del batallón de San Quintín.

EL DESDEÑADO

—Si una mujer me desdeñara— exclamó el fogoso capitán Bustamante, descargando tan tremendo puñetazo sobre la mesa, que hizo bailar tazas y platos—, mi amor, por mucho que la amase, se convertiría en implacable odio.

—Lo mismo digo.

—Igual pienso.

—Así haría yo.

Éstas ó parecidas frases lanzaron varios oficiales que saboreaban con delicia sus tazas de aromático café, dirigiendo significativas miradas, no al capitán, sino al comandante Salas, jefe valentísimo, enamorado incorregible, músico muy hábil y poeta nada despreciable, que, comprendiendo que las miradas de sus subordinados equivalían á otras tantas interrogaciones, se apresuró á decir:

—Pues sepan ustedes que no piensan de igual manera todos los hombres, y voy á referirles la historia de uno que dió su vida en holocausto de un desdén.

Y después de apurar el café y retorcerse el ensortijado y fino bigote, empezó á hablar de esta manera:

—La guerra civil se extendía como un reguero de pólvora por toda Cataluña.

Operábamos en la provincia de Tarragona, y en un encuentro fué gravemente herido, de un balazo en el pecho, mi malogrado amigo y compañero Marcial Vallés.

Éste estaba perdidamente enamorado (y era, al parecer, correspondido) de una bellísima catalana que habitaba en un pueblo cercano al lugar donde el encuentro se verificó, y á cuya casa trasladamos con todas las precauciones imaginables al herido.

Los solícitos cuidados del padre de su amada, por un lado; los desvelos piadosísimos y casi espirituales de ésta, por otro, y su naturaleza enérgica y robusta, pusieron, después de larga postración, fuera de peligro á mi compañero, que

aunque lentamente, empezó á recuperar las perdidas fuerzas.

Dos meses eran ya transcurridos, y, aunque según la opinión del médico que le asistía, había desaparecido por completo la gravedad, el convaleciente no estaba aún en disposición de volver á las filas.

Y allí continuó, saboreando los deleites de un amor puro y desinteresado, y gozando las delicias que le proporcionaba aquella encantadora y paradisiaca mansión.

¡Pobre amigo mío!

¡Qué halagadores ensueños debió acariciar su mente soñadora, cuando, apoyado en el brazo de su adorada, recorriera las calles del parque que rodeaba la casa que le brindaba en aquella ocasión tan espléndido é inesperado alojamiento!

¡Qué suprema felicidad la de la juvenil pareja en aquellas horas de tiernos coloquios y apasionados juramentos!

Y ¿cómo no?

Las flores les enviaban sus embriagadores aromas, los pájaros sus delicadas y sentidas canciones, los arroyuelos y surtidores sus poéticos murmullos, los céfiros sus castos y dulcísimos besos, y más de una tórtola envidiaría el acento con que eran pronunciadas las interrogaciones que á Rosa dirigía Marcial, como más de un ruiñón escucharía con envidia las respuestas que á Marcial daba Rosa.

Mas he aquí que llega un día en que, por causas completamente desconocidas para mí, el idilio se interrumpe, el fuego del amor se apaga, las caricias de Rosa se truecan en amargos y fríos desdenes, y la amistad del padre en glacial y casi provocativo desprecio.

¿Qué causa, qué motivo, pudo dar lugar á aquel brusco cambio de conducta, cuando la de Marcial no había podido ser más correcta?

Jamás pude saberlo, aunque traté de averiguarlo.

¿Hubo abuso por parte de Marcial?

No lo creo, porque mi amigo era todo gratitud, desinterés y corazón, un alma en cuya grandeza no cabían ruindades.

¡Quizá alguna calumnia infame destruyó su dicha!

¡Tal vez algún rival cobarde aceleró su muerte!

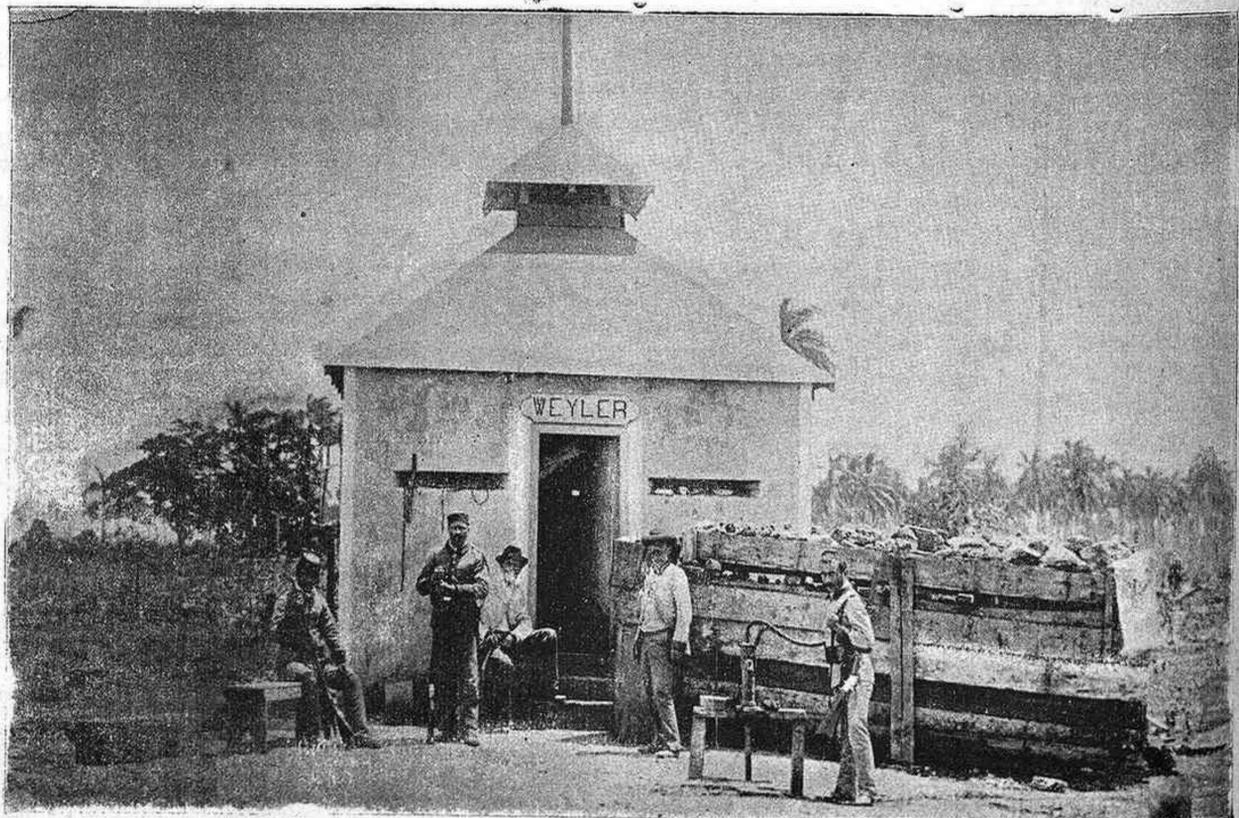
Como ustedes habrán supuesto, inmediatamente de la ruptura Vallés abandonó la casa de su amada y fué á instalarse en la del médico, que desde el primer momento se le ofreció, no sólo como amigo leal, sino como padre cariñoso.

Y allí, meditabundo, triste y desesperado, tuvo que sufrir por algunos días—¡pocos, ciertamente!—no sólo las punzaduras de la herida de su pecho, sino las que empezaban á abrirse en su alma.

¡Y era tan grande y hermosa la de mi pobre amigo!

Los últimos instantes de su vida os la retratarán.

Era una noche del mes de Julio.



ISLA DE CUBA.—Vista del fuerte Weyler en Hoyo Colorado.

La calma más absoluta reinaba en el pueblo, y la más densa obscuridad le rodeaba.

De vez en cuando, el farol de algún sereno iluminaba vagamente la calle; y después, los pasos del vigilante nocturno se perdían como un eco acompasado y lento.

De repente se sintió en la plaza rumor de voces, choque de armas, y, por último, una descarga que inundó de terror al sorprendido vecindario.

Los carlistas habían penetrado en el pueblo y acribillaban á balazos la casa del alcalde, que era un honrado y convencido liberal.

Momentos después se dirigían á la de la amada de Marcial, cuyo padre—lo reconozco gustoso—profesaba las mismas ideas.

Éste se apresuró á organizar la defensa, y se-

rado y heroico Vallés agonizante; pero empuñando aun su espada, tinta en sangre hasta la empuñadura, y, como trofeo de la que llamaré su última y gloriosa victoria, los acuchillados cadáveres de un buen número de enemigos.

Ante aquel espectáculo, que no por ser muy triste dejaba de ser también muy grandioso, el padre de Rosa cayó de hinojos, estrechando con ansia entre las suyas las manos del hombre á quien días antes despreció; la joven se arrojó como una loca sobre el cuerpo, ya casi exánime, del que fué su amante, cubriendo su rostro ensangrentado de besos humedecidos por el llanto, y el moribundo, como galvanizado por el calor de aquéllos, hizo un esfuerzo, se incorporó, abrió los ojos, pronunció un ¡gracias! apasionadísimo, mientras en sus

esencial, para transformar en obras artísticas la abundante y tosca arcilla.

Esta última labor fué ejercida con éxito en nuestra patria por los fenicios y por los romanos: pero en tiempo de los visigodos empezó á declinar, no volviendo á florecer hasta la venida de los árabes, quienes importaron de Oriente el azulejo, cuya historia, en Sevilla, los presenta sufriendo tres fases: primero, en alicatados; después, en placas completamente lisas, y, por último, en relieves y de cuenca.

Los primeros azulejos consisten, por lo tanto, en pequeñas piezas (blancas y azules) de distintas formas, no hechas á molde, sino cortadas á pico de lozas grandes y con las que los mahometanos solían imitar el mosaico que los romanos labra-



ISLA DE CUBA.—Artemisa: Iglesia, plaza y calle Real.

cundado por algunos criados empezó á disparar desde el zaguán.

Los facciosos redoblaron sus acometidas; y viendo que por la puerta principal era difícil la entrada, un grupo bastante numeroso se dirigió á la parte posterior del edificio y penetró por asalto en el jardín.

A los pocos instantes empezaron á oírse por aquel lado gritos é imprecaciones, sucediéndose las descargas sin interrupción.

Pero ¿á qué detallar los incidentes de la lucha?

El objeto de esta parte de mi relato es referir á ustedes los últimos momentos de mi infortunado amigo, y á eso voy.

Digo, pues, que cuando en las crestas de los montes cercanos al pueblo empezaron á reflejar-se los primeros rayos del sol naciente, la partida emprendió una retirada que se asemejaba mucho á una fuga, y gran número de vecinos se dirigieron entonces á casa de Rosa, y penetraron en el jardín, por haber observado que en él se libró la parte más terrible y porfiada de la lucha.

Y allí, en el umbral de una puertecilla que ponía el parque en comunicación con las habitaciones que la joven ocupaba, encontraron al desventu-

labios se dibujaba una débil sonrisa, y, reclinando después la cabeza sobre el pecho de Rosa, dejó de existir.

Al terminar el comandante su relato, el capitán Bustamante, aquel capitán que casi juraba odio eterno á la mujer que le llegase á despreciar, por mucho que la amase, se levantó con precipitación, y, gracias á la obscuridad en que el vespertino crepúsculo había dejado la sala, pudo enjugar, sin que sus compañeros se apercibieran, una lágrima que se deslizaba pausada y silenciosamente por su curtido rostro.

DANIEL COLLADO.

LA CERÁMICA ARTÍSTICA EN SEVILLA

La fabricación de objetos de barro cocido es tan antigua como los orígenes de la civilización y el conocimiento del fuego por el hombre, al que vino á prestar importantísimos servicios. De aquí que todos los pueblos se hayan dedicado á esta industria, primero para satisfacer las necesidades más precisas de la vida, y, logrado este fin

ban con piedras de colores. Los almohades adornan con ellas casi todos sus monumentos, y la primera manifestación del alicatado en la ciudad de la Giralda puede apreciarse en uno de los ajimeces de la torre de San Marcos, existiendo muestras posteriores en las parroquias de Santa Marina, San Gil y Santa Catalina.

Más tarde, los musulmanes españoles inventaron, además de los esmaltes blancos y azules, el negro, el verde y el melado; no obstante lo cual, las obras de superficie plana que desde luego utilizó la arquitectura se siguieron y se siguen llamando azulejos, tomando el nombre del color de los primitivos.

En tiempo de D. Pedro I, el estilo árabe granadino se desarrolla en el alicatado, y éste copia de aquél las labores geométricas y afligranadas que se admiran en el Alcázar hispalense; pero los azulejos superiores, blancos y azules, de reflejos metálicos dorados y nacarados, no alcanzan su apogeo hasta el lapso de tiempo comprendido desde el comienzo del reinado de los Reyes Católicos al final del de su nieto Carlos V.

En el siglo xv se dejó sentir en Sevilla el nuevo gusto que dominaba en Italia, y Francisco Nica-

loso, de Pisa, introdujo al azulejo de losetas planas, sobre las que se pintaban las más caprichosas fantasías, hasta que al expirar el mismo siglo xv y en los comienzos del xvi se empezó á fabricar el azulejo de relieve y de cuenca, en que los dibujos, formando cierta concavidad, permiten la fácil separación de los colores, cada uno de los cuales queda dentro de su alvéolo ó separado por una línea no esmaltada que toma el nombre de cuerda seca.

Entre los trabajos debidos á Nicaloso, son dignos de mención la portada de la iglesia de Santa Paula, con figuras de Pedro Millán; el altar de los Reyes Católicos, en el Alcázar, y un sepulcro que está en Santa Ana, de Triana, fechado en 1503.

De los azulejos antiguos de relieve (de gusto persiano algunos de ellos) hay muestras muy valiosas en el palacio de los duques de Alba, en el presbiterio de la citada iglesia de Santa Paula y en la Casa de Pilatos.

Durante los siglos xvi y xvii se desenvuelve el estilo plateresco en la cerámica artística decorativa, y, entre otros adornos, se emplean los medallones con bustos y las cariátides de las impostas sobre fondo amarillo.

Al finalizar el xvii se combinan con las figuras platerescas las ajaracas y vegetaciones árabes, que se observan en una cruz que hay en la iglesia de Santa Ana y en los revestimientos del Sagrario de la parroquia de San Esteban; y en el xviii se inicia la decadencia en el azulejo, perdiendo éste la mayor parte de los colores, hasta el extremo de quedar con el azul cobalto sucio, predominando en las labores el barroquismo más espantoso, hasta que en el xix, y merced á poderosas iniciativas, ha visto Sevilla levantarse de la postración en que yacía á este importantísimo ramo artístico industrial que tanto contribuye con sus productos á embellecer los edificios públicos y particulares.

Este renacimiento es debido en gran parte á los esfuerzos de los señores Mensaque Hermanos y Soto, quienes, auxiliados por el arqueólogo señor Gestoso, han logrado merecer los títulos de proveedores de S. M. la reina Regente, de SS. AA. RR. los duques de Montpensier y condes de París y de los reyes de Portugal, habiendo obtenido además las más honrosas recompensas en las últimas exposiciones de París, Filadelfia, Chicago y Barcelona, distinciones que los Mensaque tienen muy merecidas, porque los artículos fabricados en sus extensos talleres pueden competir hoy con las más excelentes del siglo xvi.

Entre las obras más notables que han salido de casa de los señores Mensaque para adornar templos, palacios y casas particulares, se encuentran: los riquísimos azulejos del comedor de la fonda de Madrid (de Sevilla), formando un alto zócalo de policromos planos de fondo amarillo, comparables á los hechos por los artistas Cristóbal de Augusta y Cambarino; los de cuerda seca que lucen en la suntuosa morada de D. Gaspar Atienza, y que han sido copiados de los que se fabricaron en Puente del Arzobispo en el siglo xv, y los que existen en dos salas del palacio de Miramar, de San Sebastián; en la capilla del Sagrado Corazón de Jesús, de la iglesia de San Andrés, y en las casas de los vecinos de Hispalis D. José Pinar y Zayas, señores Ibarra, D. Andrés Parladé, marqués de la Motilla, D. Julián Laffite y otras muchas.

Muchas páginas necesitaría llenar si hubiese de ocuparme en todos los talleres de cerámica artística que existen en Sevilla, ó, mejor dicho, en su

barrio de Triana; por esto, sólo trataré de los más importantes, entre los que figuran el de D. Manuel Soto, el de la viuda de Gómez y el de los hermanos Jiménez.

D. Manuel Soto (padre del socio de los Mensaque), premiado en diez y ocho concursos nacionales y extranjeros y condecorado por Alfonso XII, se dedica á los mismos géneros que aquéllos, y últimamente ha obtenido privilegio para la fabricación de ladrillos de colores, imitando á la perfección los mosaicos romanos.

La fábrica de la viuda de Gómez se consagra con especialidad á la cacharrería en toda su extensión, mereciendo los mayores elogios por los platos antiguos de todos los estilos y de todas las épocas, así como por la colección de modelos de ánforas, que lucen una riqueza de colores inimitables.

Por su importancia compite con la de los señores Mensaque; ha obtenido premios en Chicago y Costa Rica, y está muy bien montada y mejor servida, por contar con operarios prácticos é inteligentes.

Casi todos los días embarca grandes remesas para el extranjero, sobre todo para los Estados Unidos, que es donde tiene su mejor mercado, y en los que, á más de vender todo lo que envía, lo cotiza á muy altos precios.

Actualmente debe esta casa su apogeo á la actividad y pericia de D. Manuel Corbato, quien, desde que se casó con la hija de Gómez, ha dado al negocio mayores vuelos, adquiriendo relaciones con los principales pueblos de América y de Europa.

Los hermanos Jiménez, y, sobre todo, D. José, que es el más artista de los dos, llevan veinte años de estudio y aun no están satisfechos de sí mismos; pero es innegable que han conseguido que los azulejos (mayormente los del Renacimiento) salgan del horno con la patina propia que caracteriza á los antiguos, y en los dorados de reflejos han logrado que el color sea verdaderamente de oro, no amarillo brillante, sino con el reflejo de metal. A estos señores se les debe importantes trabajos, que les han valido medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona, y de plata en la última de París.

J. CASCALES Y MUÑOZ

(Mathéfilo).

VARIETADES

Montañas que andan.—Misses fin de siglo.—Los ascencionistas en un torbellino de viento.

“Las montañas son las que no se encuentran, que las personas sí; he aquí un refrán que, como tantos otros, se funda en un error.

Afirmase en el primer extremo que las montañas se hallan siempre fijas, desde la época de su formación, en un mismo sitio, y esto no es verdad; pues, aparte de los movimientos que experimentan en los terremotos, hay montañas que tienen un movimiento propio de traslación, que puede durar muchos años, en virtud del cual caminan hasta encontrar otra montaña que les detenga el paso.

Este fenómeno terrestre no es tan nuevo ni tan raro como pudiera creerse; y para no cansar á nuestros lectores con la relación de las principales montañas que han cambiado de lugar ó de las que se han hundido en el suelo en que se asenta-

ban, haremos mención solamente de una que, en la actualidad, está andando.

Nos referimos al monte Goufre, en Gard (Francia), que tiene unos 200 metros de altura, y á cuyo pie, y entre la orilla del río Gandon, pasa la vía férrea de Lyon á Barcelona.

La empresa de esta vía se ha visto obligada en diferentes ocasiones, desde 1856, á interrumpir el tráfico por desprendimientos de terrenos en los muros de contención, y no hace aún dos meses que, al practicar nuevas obras, los ingenieros han reconocido que el monte tiene un movimiento de avance de unos 20 centímetros por día.

Naturalmente, el río va cambiando también de cauce; y como la base del monte es de arcilla y se resbala por un plano inclinado, no detendrá su movimiento hasta el encuentro con la montaña próxima, acabando por cegar el cauce del río, que formará otro nuevo.

No podemos, por tanto, decir con verdad que las montañas no se encuentran.

Se escandalizan, y con razón, las personas de buenas costumbres de las *sinvergüenceras* que se suelen incluir en la cuarta plana de los periódicos, donde se anuncian remedios (?) para toda clase de males, y mujeres que desean marido. Mas estas últimas no llegan, ni con mucho, á la procaacidad y descaro con que se anuncian las pudibundas inglesas.

Véanse, para muestra, algunos botones:

“Bonita rubia, diez y ocho años, amorosa, ojos irresistibles, teniendo ocultos muchos encantos, desea casarse.”

“Señorita cabal, con ojos profundos como el mar, quiere marido. Le hará curiosas revelaciones.”

“Soberbia viuda, amable, treinta y tres años, desea casarse con un joven de temperamento sanguíneo y musculoso.”

Y cuenta que no copiamos otros anuncios porque lo subido del color haría salir los ídem á un cabo de granaderos.

Pero entre las costumbres inglesas no es lo más malo este descaro en los anuncios, sino que hay cierto prurito en las *misses* por “varonizarse”, ó, como decimos gráficamente en España, por hacerse marimachos. Desprecian las labores propias de la mujer y se dedican con afán á toda clase de *sport*; y dejándose de cintas, flores y encajes, que tan bien sientan á las jóvenes, se visten con pantalón, chaleco y americana, llegando alguna al extremo de cortarse el pelo á punta de tijera.

Cualquiera supondrá que semejantes “reclutas” serán despreciadas por los graves jóvenes ingleses, y, sin embargo, parece que hay muchos de tan mal gusto que cargan con tales adfesios.

“Están de moda para casarse—dice un *clubman* de los más conocidos de Londres—las chicas altas, robustas, coloradotas, hechas á los ejercicios de la bicicleta, el *cricket*, el *lawn-tennis* y el *football*. Al querer tomar mujer el pretendiente, pregunta preferentemente por el *sport* á que se dedica. Con frecuencia exige también que la novia se parezca á alguna de las bellezas de moda, sobre todo en el teatro. Otros piden que las novias se “den un aire”, á las heroínas de las novelas en boga, ó que hayan salvado un naufrago, ó que monten á caballo.”

Y después ya no deben pedir más sino que les parta un rayo antes de que el cura las case.

Inverosímil parece que á fines del siglo xix, en que impera el descreimiento, y en los Estados

Unidos, nación positivista por excelencia, haya todavía quien abandone todos sus bienes por creer que de uno á otro momento va ir al cielo.

Verdad es que la cosa pasa ó ha pasado entre los negros. En el Estado de Georgia hay la secta de los "ascensionistas", los cuales esperaban, según les había anunciado un "iluminado", al que consideraban como un sér sobrenatural, que en brevísimo plazo los creyentes se verían envueltos en un torbellino de aire, y en él, como Elíseo en su carro de fuego, serían transportados al cielo.

Como los "ascensionistas", no habían ya de tener necesidad de los bienes terrenales, los cedieron ó vendieron por ínfimo precio á otros compatriotas que, menos crédulos, se aprovecharon de la ocasión.

Mas, ¡ay!, que, como la alegría dura poco, pronto les llegó el desencanto, porque en vez del torbellino de aire que esperaban, vino un pícaro periódico ¡qué no serán capaces de explotar los yankees!—con la noticia de que, según la última "revelación", Dios había aplazado la "ascensión", hasta pasados siete años, siete meses y siete días de aquel en que la esperaban. Y sucedió lo que no podía menos de suceder. Exasperados y deseosos de recuperar sus bienes, armaron guerra á los "compradores", teniendo necesidad de acudir las fuerzas federales para acabar aquella revuelta, que amenazaba concluir con las dos parcialidades.

Cosmos.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LIBRO DE LOS OPOSITORES

Aritmética y nociones de álgebra.—Un tomo de 348 páginas en 4.º prolongado.—Casa editorial de los señores Hernando.—Madrid, 1896.

La nueva campaña emprendida por la casa editorial de los señores Hernando y Compañía, en beneficio de la instrucción pública de nuestro país, ha sido tan brillante como era de esperar de una casa tan afamada en la elección de obras de enseñanza.

La que está á punto de terminar con el título

general de *Libro de los opositores*, ha obtenido un éxito brillante. Constituyen esta obra una interesante serie de volúmenes sobre ciencias físico-naturales, gramática, pedagogía, historia sagrada, agricultura, geografía, historia de España, etcétera, etc., redactados con arreglo al programa vigente para las oposiciones á las escuelas del grado superior, del que han de tomarse los temas para el ejercicio oral de todas las escuelas dotadas con 2.000 pesetas ó más.

El libro que acaban de publicar titúlase *Aritmética y nociones de álgebra*, el cual comprende desde la aritmética, considerada como elemento educador, hasta las nociones de álgebra en su diferenciación de la aritmética.

Está dividida en dos partes, y consta de ochenta temas, con un método tan sencillo como sintético, hasta tal punto, que no conocemos otro semejante. Muchos y muy buenos libros existen, en los que se pueden aprender con provecho la aritmética y el álgebra; pero no los hay apropiados para el estudio peculiar de los profesores como los publicados por los señores Hernando, pues redactados por escritores competentes, sirven de contestación exacta á las preguntas del referido programa para todos los maestros que aspiran á las oposiciones de las escuelas de enseñanza superior, elemental y de párvulos.

Esta circunstancia favorable, unida á lo módico del precio de dichos volúmenes, y á los beneficios que dispensan á nuestra cultura, es digna de elogio y de la aceptación que le ha dispensado el público, y de los favorables juicios críticos que le ha dedicado la Prensa de Madrid y de provincias.

Todos los días aparece algún nuevo específico para el cutis; pero estad seguros que casi siempre no son más que afeites. Sólo la *Crema Simón* da á la tez la frescura y belleza naturales. Desde hace treinta y cinco años se vende en el mundo entero, á pesar de las muchas falsificaciones. Los *Polvos de Arroz* y el *Jabón Simón* completan los efectos higiénicos de la *Crema Simón*.



NOVELAS

Por dos pesetas cincuenta céntimos pueden adquirir nuestros suscriptores las dos novelas originales de D. Francisco Martín Arrúe, tituladas *Un matrimonio por amor* y *La cuerda de cáñamo*, que se venden en las librerías á dos pesetas y una peseta cincuenta céntimos respectivamente.

Los pedidos á la Administración de esta publicación.

La Urbana.—Compañía anónima de seguros contra incendios, sobre la vida y de accidentes de coches y caballos. La más antigua en España.—Representación general: Puerta del Sol, 10; Preciados, 1, Madrid.

Recomendamos á nuestros abonados la RIFA DE UN HOTEL, que á DOS PESETAS billete se expenden en todas las loterías y estancos, pues *todo billete no premiado puede utilizarse por todo su valor*.



SECRETO CHINO.—*Agua de las Willis*, preparada por Ventura Hoyos, la más higiénica, inofensiva y eficaz para devolver á los cabellos blancos su primitivo color; no mancha la piel ni la ropa; es tónica y refrescante y de exquisito perfume, é impide la caída del pelo. Éxito garantizado.

Se vende en todas las perfumerías, droguerías y peluquerías de Madrid y provincias.

Por mayor: ATOCHA, 38, La Perla China.—MADRID.

La Gresham.—Compañía inglesa de seguros sobre la vida y rentas vitalicias.—Dirección de la sucursal de España, calle de Alcalá, 23, Madrid.

Alvarez, impresor, Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 809.

Cajas: 0,50 y 1 peseta. FRASCO, 5 PESETAS Cura el dolor de estómago y malas digestiones, reuma articular, agudo y crónico, y la gota.	PEDID EN TODAS LAS FARMACIAS BICARBONATO DE SOSA QUÍMICAMENTE PURO del farmacéutico TORRES MUÑOZ Exigir mi firma en el CIERRE DE LA CAJA 11, calle de San Marcos, 11. Exigir mi firma en el CIERRE DE LA CAJA;	Cajas: 0,50 y 1 peseta. FRASCO, 5 PESETAS Es el mejor polvo dentífrico y el más económico. Este producto es SOLUBLE y no hace daño.
--	---	--

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

CIENCIAS, ARTES, MILICIA, INDUSTRIA, LITERATURA, MÚSICA, TEATROS Y MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Peninsula.....	{	Trimestre.....	4 pesetas 50 céntimos.
		Semestre.....	9 »
		Un año.....	18 »
Extranjero.....	{	Semestre.....	12 »
		Un año.....	24 »

Los precios indicados rigen sólo para las suscripciones, cuyo importe se satisface directamente en la Administración. Todas las demás sufren el recargo correspondiente á corresponsal y giro.

CLAUDIO COELLO, 22

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis; 50 años de éxito y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Pousseau, París.

AGENTE GENERAL PARA LOS ANUNCIOS FRANCESES: M. F. MUS, RUE DAMREMONT, 9, PARIS

NUEVO CAFÉ DEL SIGLO XIX

MAYOR, 18

Café especial exquisito, salido de la máquina Grouard, con privilegio y traída expresamente de París.

Grandes conciertos con profesores del teatro Real, los jueves y domingos.
Cocina de primer orden, con platos especiales.

Credit Lyonnais.—Fundado en 1863.—Capital, 200 millones de francos.—Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes.—Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago, y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni sustancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento, no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entresuelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias

VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de *Dorin*, París, para la *Perfumería Frera*, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la *Academia de Medicina* de París.

Depósito: *PERFUMERIA FRERA, Carmen, 1.*

BAÑOS NUEVOS DE SAN ROQUE

ALHAMA DE ARAGÓN

Aguas termales bicarbonatadas-cálcicas, antimonio-arsenicales.
FUENTE PRIMITIVA

Caudal de agua, 680 litros por minuto.—Temperatura, 33 grados centígrados.—Baños naturales y á alta temperatura.—Gabinetes especiales con todos los aparatos necesarios de hidroterapia.—Fonda dentro del balneario, á cargo del renombrado fondista

DON MARCIAL GONZALEZ

Habitaciones con confort, arregladas á todas las fortunas.

Café Americano.—Montera, 14.—Propietario, Luciano Buoreaux.
Cenas de fiambres, almuerzos y comidas.
Artículos de primer orden.—Aperitivos á 0,40 céntimos.

Academia de Billar Roa.—6, Carretas, 6.—Instalación espléndida. Grandes partidas por los primeros jugadores, desde las tres de la tarde en adelante.

Se admiten anuncios á precios convencionales. Dirigirse al Administrador de esta REVISTA, Claudio Coello, 22, Madrid

Tendrá sana, hermosa y fuerte la

BOCA

y no padecerá dolor de muelas el que use elixir

MENTHOLINA

preparado por el Dr. Andreu.

Su uso blanquea la dentadura, aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las encías, evitando las caries y oscilación de los

DIENTES.

Las enfermedades del estómago y digestiónes difíciles tratadas con el *elixir Guez*, se curan en pocos días, lo cual explica el éxito inmenso de este preparado empleado en los hospitales y recetado diariamente por los médicos más renombrados.

INTERESANTE Á LAS REVISTAS ILUSTRADAS

Gran centro de venta de grabados de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL. Los clichés, galvanos y grabados en madera de nuestra colección, que comprende más de 5.000 asuntos, se venden á los precios desde tres á diez céntimos de peseta centímetro cuadrado.

La colección de muestra se halla de manifiesto en nuestras oficinas, Claudio Coello, 22, bajo

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis, sana y benéfica; basta con muy poca cantidad para aclarar el cutis más moreno y darle la blancura suave y na arada del marfil. Precio en París, 5 francos.

DUSSER: 1, rue de J. J. Rousseau, PARIS

Jorge Nelken y Waldberg.—Comisiones y representaciones extranjeras. Unico representante del encendedor incombustible *Relámpago*, para uso doméstico. Maravilloso invento desconocido. Carretas, 35, 2.º derecha.

La Gresham.—Compañía inglesa de seguros sobre la vida y rentas vitalicias.—Dirección de la sucursal de España, calle de Alcalá, 23, Madrid.

Gran Hotel de Rusia.—Establecimiento de primer orden.—Luz eléctrica, teléfono, baños, etc. Restaurant para 400 cubiertos.—Carrera de San Jerónimo, 34.

Peluquería de Toribio.—La primera en su clase, montada á estilo de Luis XIV. Toda clase de servicios, 25 céntimos. Argensola, núm. 6.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes e invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos, comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel, y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.
En la *Perfumería Central de Agnel*, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS, y en las seis *Perfumerías sucursales* que posee en París, así como en todas las buenas *Perfumerías*.

ALMACÉN GENERAL DE ROPAS
PARA TODOS LOS INSTITUTOS DEL EJÉRCITO Y HOSPITALES MILITARES

DE

VILLASUSO, MUFLA Y COMPAÑÍA
SAN IGNACIO (entre Sol y Muralla)
HABANA

Apartado de correos, 580.—Dirección telegráfica: VILLASUSO.

ANTES

NO MÁS JAQUECA
desaparece en el acto
con la

Migrainina compuesta
del Dr. M. CALDEIRO
CAJA, 3 PESETAS

De venta en las principales farmacias y en la del autor,

24-ARENAL-24

10 MINUTOS DESPUÉS

Por 3,50 pesetas se remite á provincias.—A Ultramar se envía por correo y certificado por 4 pesetas, giradas en letra de fácil cobro.

40 Médicos de los Hospitales de PARIS han comprobado LA PODEROSA eficacia de los PECTORALES de Nafé

Pasta y Jarabe de **Nafé** de DELANGRENIER PARIS 53, Rue Vivienne

CONTRA: Resfriados, Gripe, Influenza, Bronquitis, Coqueluche, Irritaciones del Pecho y de la Garganta

Venta en todas las FARMACIAS.

LITOKLASTON HERRANDO
CONTRA LAS AFECCIONES DE LA VEJIGA, RIÑONES, CÁLCULOS, ARENILLAS, ETC., ETC.
9, HORTALEZA, 9
FRENTE Á LA CALLE DE LA REINA

En toda clase de vómitos y diarreas y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo

EN NIÑOS Y ADULTOS

Emplear los Salicilatos de Vivas Pérez

adoptados de R. O. por el Ministerio de Marina y por el de Guerra

Los recomiendan indiscutibles autoridades médicas
Celebran con entusiasmo sus efectos cuantos los usaron

Pídanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

SE IMITAN Y FALSIFICAN SIN RESULTADO